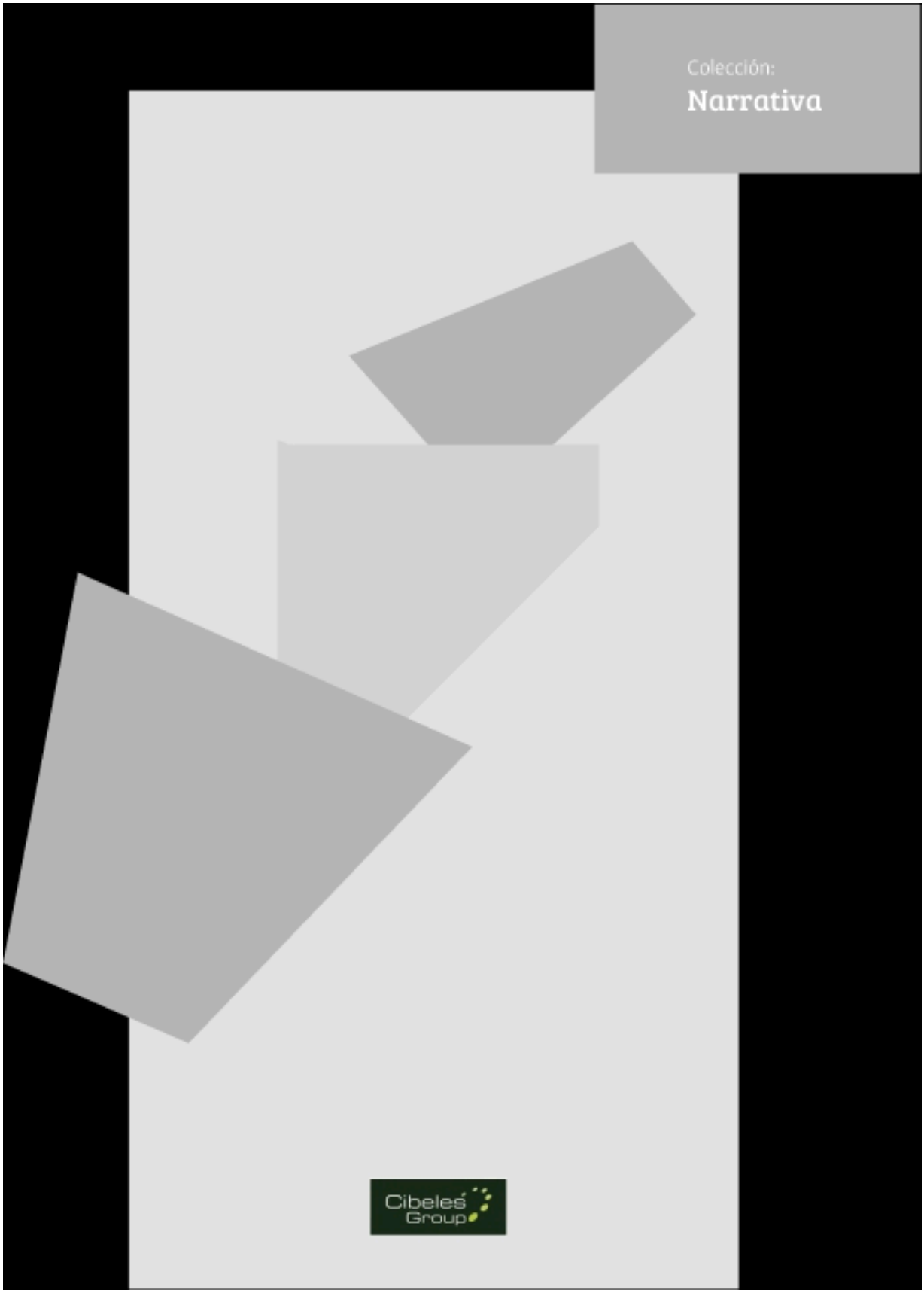
Joaquín Abad

LOS NOVIOS DE LETIZIA



Colección:
Narrativa



Cibeles Group

Los novios de Letizia

La princesa, la reina que no pidió permiso

Joaquín Abad

Edición: Agosto de 2025
Edita: Cibeles Group, LLC Fl. EEUU Copyright © 2023 Joaquín Abad

joaquin@cibeles.net
Todos los derechos reservados. ISBN: **9798293193554**

Letizia no heredó un trono, lo conquistó. Y como tantas reinas sin corona propia, aprendió pronto que el amor debía vivirse en secreto. Este libro es la historia de esos secretos: los hombres que la amaron, la acompañaron o simplemente la entendieron, mientras el mundo la observaba sin verla.

Prólogo
Una reina con pasado, y con presente

En cada biografía oficial, **Letizia Ortiz** aparece descrita como periodista, esposa del Rey, madre de la heredera, Reina consorte de España. Y, sin embargo, lo que no se cuenta —lo que no conviene contar— es que también ha sido, como todas las mujeres, una persona con historia íntima. Con vínculos. Con elecciones. Con errores y con deseo.

Este libro no es una colección de escándalos. No es una venganza ni una fantasía. Es una reconstrucción narrativa, sobria pero sin

autocensura, de los hombres queen distintos momentos y de diferentes maneras, han marcado la vida de **Letizia Ortiz**. Algunos fueron compañeros oficiales. Otros, amantes posibles. Algunos la amaron. Otros la acompañaron. Y otros —los menos— simplemente pasaron por su vida como una estación breve pero necesaria.

Desde sus primeros amores adolescentes hasta los vínculos discretos mantenidos durante su matrimonio con **Felipe de Borbón, Letizia** ha vivido una trayectoria emocional que desafía el molde tradicional de la consorte europea. No es **Diana**, aunque a veces la han querido pintar así. Tampoco es **Grace Kelly. Letizia** no representa la tragedia ni el mito. Representa algo más incómodo: el poder femenino contemporáneo. El de una mujer que, incluso dentro de una institución arcaica, ha intentado preservar su autonomía afectiva. Y que, a pesar del control, la vigilancia y la presión institucional, ha seguido tomando decisiones personales.

Este libro recorre, con nombre y apellido, a todos aquellos hombres que han formado parte de ese recorrido. Lo hace en orden cronológico, respetando los momentos históricos y el contexto social, pero sin disimular lo evidente: que en la vida de **Letizia** ha habido más que un solo amor, y más de una vida al mismo tiempo. Porque mientras cumplía con su agenda institucional y sostenía una corona que nunca le pesó tanto como le pesaron los silencios, **Letizia** cultivaba relaciones que le devolvían lo que Zarzuela no podía ofrecerle: autenticidad, complicidad, deseo, pensamiento, libertad.

Aquí están los profesores, los escritores, los empresarios, los amigos íntimos, los hombres públicos y los hombres invisibles. Algunos fueron amores largos; otros, encuentros esporádicos. Algunos la acompañaron en sus momentos de mayor ambición; otros la sostuvieron en sus horas más vulnerables. Todos dejaron una huella.

A lo largo de estas páginas, el lector encontrará nombres conocidos y otros inesperados. Historias que se cruzan con los grandes hitos del siglo XXI español: el auge mediático de Letizia, su entrada en la

Familia Real, la tensión con la monarquía tradicional, la maternidad, los rumores de crisis, las dobles agendas. También están aquí las miradas públicas —cómplices, incómodas, elocuentes— que ella ha intercambiado con ciertos hombres que no eran su marido. Están los mensajes, las fotografías, los silencios. Y están las huellas que no se ven, pero que todos intuyen.

Letizia no es solo la Reina de España. Es también una mujer que ha amado y ha sido amada. Que ha seducido y se ha dejado seducir. Que ha buscado libertad donde solo había deber. Y que, con todas sus contradicciones, ha demostrado que incluso en la cima más fría del Estado hay espacio —aunque sea secreto— para el deseo.

Este no es un retrato oficial. Es un retrato emocional. Y como todos los retratos verdaderos, no necesita el permiso de la retratada. Solo la honestidad de quien observa.

Dedicatoria
En memoria de los que contaron demasiado

Durante décadas, la información sobre la monarquía española ha estado cuidadosamente administrada. Lo que se publicaba pasaba por filtros invisibles. Lo que se insinuaba tenía consecuencias. Lo que se callaba, a menudo, era lo más importante. En ese ecosistema frágil, lleno de lealtades cruzadas, presiones económicas y silencios comprados, algunos periodistas decidieron hacer lo más difícil: contar lo que sabían.

A muchos de ellos no les hizo falta firmar grandes exclusivas. Bastó con una columna incómoda, con una pregunta fuera de guion, con una frase reveladora en medio de una entrevista anodina. En un sistema que vive del control, el matiz puede ser una ofensa. Y quienes osaron incomodar a la Corona con datos, con rumores

fundamentados o con retratos personales que no encajaban en la versión oficial, pronto comprobaron las consecuencias.

Algunos fueron apartados de sus puestos. Otros vieron cómo se les cerraban puertas. Otros fueron desacreditados, atacados desde cuentas anónimas o simplemente silenciados por la vía más sutil: la exclusión. Hubo llamadas a directores, presiones a medios, retiradas de publicidad institucional, vetos no escritos. Y, en muchos casos, lo que más dolía: el olvido selectivo de los colegas que decidieron mirar hacia otro lado para conservar su lugar.

Hablar de la vida íntima de un rey emérito corrupto fue durante años tabú. Insinuar que su nuera tenía vínculos fuera del matrimonio, directamente suicida. Cuestionar la salud mental de una infanta, o el papel político de la Reina consorte, o el precio de los vestidos oficiales, era traspasar una línea que ningún manual de estilo redactado por Zarzuela admitía… pero que todos conocían.

Y sin embargo, agunos lo hicieron. Con mayor o menor acierto. Con pruebas o con intuición. Con rigor o con riesgo. Lo hicieron no por escándalo, sino por una convicción elemental: la Corona también forma parte del poder, y el poder debe ser narrado.

Este libro no pretende sustituir ese periodismo. Pero sí se escribe desde la misma grieta. Desde la voluntad de no fingir. Desde la necesidad de poner nombres, rostros y emociones a una historia que durante demasiado tiempo se ha contado solo desde el mármol. Una historia en la que lo personal ha sido cuidadosamente disimulado porque revelaba lo político, y en la que la intimidad de una Reina ha sido custodiada con más celo que sus actos públicos.

Por eso, estas páginas están dedicadas a ellos. A los castigados del reino. A quienes incomodaron donde solo se esperaba reverencia. A quienes escribieron sobre la monarquía no para destruirla, sino para tratarla como lo que es: un poder más.

Uno de los más protegidos. Y uno de los menos contados.

Introducción
La biografía invisible de una reina expuesta

Letizia Ortiz no es un personaje más en la historia reciente de la monarquía española. Es, en muchos sentidos, su anomalía más visible y su desafío más profundo. No proviene de una casa aristocrática, ni fue educada para reinar, ni aceptó su papel de consorte como quien asume un destino natural. **Letizia** llegó a la corona desde otro mundo: el del periodismo, la ambición profesional, la crítica social. Un mundo de meritocracia, no de linaje; de palabra, no de silencio.

Y fue precisamente esa procedencia, esa voz, esa mirada independiente, lo que primero deslumbró y después incomodó al sistema que la adoptó. Porque Letizia no solo rompió con el guion previsto para una futura Reina. Lo reescribió desde dentro, forzando a la monarquía a convivir con una figura que no pedía permiso para ser distinta. Y esa diferencia —que en los primeros años fue celebrada como modernidad— se convirtió muy pronto en sospecha, en control, en aislamiento.

Desde el momento en que entró en Zarzuela, **Letizia** fue vista como una figura a vigilar. Demasiado ambiciosa. Demasiado culta. Demasiado segura de sí misma. Su matrimonio con **Felipe** no fue la fusión de dos mundos complementarios, sino un intento —fallido en muchos aspectos— de contener en palacio una personalidad que jamás encajó del todo en sus paredes. Él, educado para reinar sin fisuras. Ella, formada para pensar con voz propia. Lo que comenzó como un proyecto común, se convirtió con el tiempo en una convivencia institucional. De puertas afuera, la pareja real. De puertas adentro, vidas paralelas que apenas se rozaban.

En ese espacio de distancia conyugal, Letizia construyó su verdadera biografía: la íntima, la emocional, la que no aparece en los retratos oficiales ni en los discursos del Día de la Hispanidad. La biografía que transcurre en los márgenes del poder, pero que determina lo esencial: con quién se encuentra, a quién protege, con quién escapa, a quién desea. Porque si algo ha sabido hacer Letizia durante estos años es disociar con precisión quirúrgica su rol público de su vida privada. Y mientras asistía a recepciones diplomáticas y presidía actos benéficos, también escribía —con gestos, con miradas, con huidas— una historia sentimental paralela que pocos se han atrevido a narrar.
Los hombres que han pasado por su vida no forman un catálogo de conquistas. Son claves. Claves emocionales, simbólicas, psicológicas. Algunos fueron un refugio. Otros, una válvula de escape. Otros, una forma de resistencia. Y otros, simplemente, una presencia cómplice en una vida cada vez más blindada. Porque el deseo, en la corte, no desaparece. Se oculta. Y en **Letizia**, nunca se extinguió: solo aprendió a hablar en otro lenguaje.

Este libro no nace de la curiosidad morbosa, sino de una necesidad narrativa: contar lo que la historia oficial oculta por incomodidad, por conveniencia o por miedo. No se trata de confirmar rumores, sino de entender lo que esos rumores revelan. Porque los silencios en torno a **Letizia** no son casuales. Son estructurales. En una institución acostumbrada a reinas sumisas y consortes invisibles, una mujer que piensa, que controla, que desea y que elige —incluso a escondidas— es una amenaza.

A lo largo de estas páginas, el lector se encontrará con relaciones largas, con amantes discretos, con cómplices intelectuales y con vínculos que desafiaron la norma desde el silencio. Todos están construidos con respeto, pero sin condescendencia. Y todos responden a una sola pregunta: ¿quién ha acompañado emocionalmente a Letizia en este largo camino desde el anonimato al trono?

No hay herejía en preguntarlo. Al contrario: hay justicia narrativa. Porque si algo ha demostrado **Letizia Ortiz** es que no se puede comprender del todo una reina sin comprender primero a la mujer. Y para conocer a esa mujer —la real, la privada, la que no posa— hay que mirar a quienes, en algún momento, la vieron sin el marco institucional. Hombres que no la vieron como símbolo, sino como cuerpo, como mente, como voz.

Y es en esa mirada —la que recibió y la que ofreció— donde comienza la verdadera historia.

Capítulo 1
Oviedo, infancia entre libros y silencios

Antes de ser reina, antes incluso de ser **Letizia** la periodista, hubo una niña. Una niña de ojos vivaces, algo melancólicos, con un carácter serio para su edad y una cierta dificultad para entregarse del todo a la espontaneidad del juego. Esa niña se llamaba **Letizia Ortiz Rocasolano**, y creció entre libros, cuadernos y silencios. Su mundo estaba marcado por el perfeccionismo y por una estructura familiar que exigía más que abrazaba. No fue una infancia dura, pero sí una infancia vigilada, sin desbordes, con poco margen para la vulnerabilidad.

El escenario era Oviedo, una ciudad noble y contenida, con un aire de provincias cultivadas donde todo tenía su tiempo y su forma. La familia Ortiz Rocasolano vivía en una zona tranquila, sin ostentaciones. **Letizia** cursaba sus estudios en el **Colegio Alfonso II**, un centro laico, público, donde convivían hijos de médicos, funcionarios y pequeños comerciantes. No era una escuela elitista, pero sí una donde el mérito y el orden eran valores respetados. Para **Letizia**, era terreno fértil.

No se la recuerda como una niña popular. No jugaba al liderazgo, ni necesitaba el aplauso constante. Pero sí irradiaba una mezcla de ambición precoz y lucidez que llamaba la atención. Leía con pasión, escribía con soltura, y ya en esos primeros años parecía más interesada en entender que en agradar. En ese contexto, surgen también los primeros nombres masculinos que ocuparon un lugar, por mínimo que fuera, en su universo emocional.

Uno de ellos fue **Carlos**, un compañero de pupitre del que **Letizia** hablaba con entusiasmo en casa. No era un novio, claro, ni siquiera una amistad profunda, pero sí uno de los primeros niños con los que estableció una especie de vínculo de afinidad. Compartían lecturas, se desafiaban en dictados y alguna vez se prestaron cómics escondidos bajo la mesa. Para una niña que ya entonces parecía interesarse más por las ideas que por los juegos, aquel chico despierto y algo rebelde se convirtió en un pequeño cómplice escolar.

Después vino **Iván**, un vecino del barrio al que **Letizia** miraba con una mezcla de curiosidad y timidez. Era mayor que ella, jugaba al fútbol en un equipo local y la saludaba a veces desde lejos. **Letizia** lo observaba desde la ventana del salón, tomaba nota mental de sus horarios y alguna vez llegó a escribir su nombre en una esquina de su diario. En la imaginación de **Letizia** —que siempre fue vívida y estructurada— **Iván** representaba algo más grande, más serio, más de verdad. La ilusión de una niña que ya empezaba a pensar el amor no como juego, sino como una historia con peso.

Y hubo también a esa edad un tercer nombre: **Álvaro**, el hijo de unos amigos de la familia que venía cada verano desde Madrid. A **Letizia** le fascinaba su acento diferente, su seguridad, la forma en que hablaba de la capital como si fuera otro planeta. Jugaron juntos durante tres veranos consecutivos en la piscina de una urbanización cercana a **Villaviciosa**, y aunque no hubo beso ni declaración, sí hubo algo parecido a un primer acuerdo sentimental tácito: estar el uno con el otro, aunque fuera en silencio, aunque fuera solo en julio.

Ya desde pequeña, **Letizia** parecía dividir el mundo entre los que le aportaban algo y los que no. La simpatía sin contenido no le interesaba. Por eso, sus "amigos" eran pocos y seleccionados con criterios casi adultos. Cultivaba una distancia emocional que no dejaba de generar admiración y, en algunos casos, desconcierto. El corazón de Letizia no era impermeable, pero sí exigente.

No tuvo muchos "novios de patio" ni se recuerda un amor infantil correspondido. Pero sí hay una constante: buscaba el intelecto, la complicidad, la admiración. Y desde muy pronto, exigía ser admirada.

Capítulo 2
Madrid, el salto y el filtro

La mudanza a Madrid fue un punto de inflexión. Tenía quince años y dejaba atrás Oviedo, sus rutinas, sus silencios familiares y sus primeros códigos de pertenencia. El cambio no fue solo geográfico: fue emocional, relacional y simbólico. En la capital, **Letizia Ortiz Rocasolano** empezó a redefinirse, como hacen muchos adolescentes cuando el contexto los obliga a mirarse desde fuera.

Ingresó en el Instituto **Ramiro de Maeztu**, un centro exigente, con fuerte reputación académica, donde se mezclaban hijos de intelectuales, artistas, diplomáticos, periodistas. Era un ecosistema nuevo, más sofisticado, más competitivo también. **Letizia** no tardó en adaptarse. Su estilo serio, su afán de perfección y su manera de hablar —rápida, precisa, sin titubeos— despertaban una mezcla de respeto y extrañeza.

Fue en este contexto donde empezaron a aparecer figuras masculinas más definidas. Ya no eran solo compañeros o vecinos: eran interlocutores, rivales intelectuales, a veces admiradores. Y, por primera vez, algunos de ellos sí fueron novios.

El primero del que se tiene memoria afectiva clara fue **Julián**, compañero de clase de Literatura. Tenía un estilo muy distinto al de **Letizia**: distraído, despistado, con alma de poeta mal enfocado. Leía a **Baudelaire**, escribía versos en los márgenes de las hojas y hablaba de cine como si cada plano tuviera un mensaje oculto. **Letizia** lo escuchaba con una mezcla de escepticismo y ternura. Nunca llegó a enamorarse, pero sí se dejó conquistar por su manera de no encajar. Salieron durante unas semanas, iban juntos en metro, se escribían en los libros de texto y una vez se besaron en el ascensor del instituto, después de un examen de Filosofía. **Letizia** terminó la relación sin dramatismo, pero con precisión: "No te escucho como necesito". Y no hubo más.

Luego estuvo **Marcelo**, alumno de segundo de BUP, que la invitó al cine para ver **El cielo protector**. A **Letizia** le fascinó la película, pero no tanto la compañía. **Marcelo** tenía una actitud expansiva, segura, casi arrogante. Era simpático, pero demasiado pendiente de sí mismo. Lo que empezó como una aventura breve terminó siendo una de las primeras decepciones concretas: **Letizia** descubrió que no solo no la escuchaba, sino que repetía frases aprendidas, como si la estuviera seduciendo a ciegas. Fue una lección: entendió que el carisma no siempre es contenido, y que ella necesitaba ser leída con atención.

Y sin embargo, no todo en esa etapa fue análisis y juicio. Hubo también ternura. Un vínculo especial fue el que mantuvo con **Raúl**, un amigo del grupo de teatro del instituto. Nunca fueron pareja formal, pero compartieron ensayos, confidencias y una complicidad tímida. **Raúl** era dulce, reservado, con una mirada limpia. A diferencia de los anteriores, no intentaba deslumbrarla. Y quizá por eso, **Letizia** bajó por un momento la guardia. Se sentaban juntos a ver ensayos, hablaban de libros y de lo que harían si se fueran de España. Una tarde, durante un paseo por el Retiro, **Raúl** le cogió la mano sin avisar. **Letizia** no la retiró. Pero tampoco habló del tema al día siguiente. Fue un gesto que flotó, y que se disipó como tantas cosas en esa edad.

En su adolescencia madrileña, **Letizia** comenzó a comprender que no bastaba con sentirse admirada. Empezaba a querer ser entendida, leída en capas más hondas. Pero al mismo tiempo, mantenía su estructura: la autoexigencia, la desconfianza inicial, la necesidad de controlar el relato de su propia vida. Por eso, aunque tuvo novios, nunca se entregó del todo. Y si lo hizo, fue con fecha de expiración ya escrita.

Madrid le ofreció estímulos nuevos y vínculos intensos, pero también le confirmó algo que ya intuía en Oviedo: que su mundo emocional sería siempre un territorio con filtro, donde muy pocos podrían entrar.

Capítulo 3
Los años formativos, entre la palabra y la elección

Si la infancia de **Letizia Ortiz Rocasolano** estuvo marcada por la vigilancia emocional y la exigencia interna, su juventud no fue una ruptura, sino una evolución: pasó de ser una niña que observaba el mundo desde la distancia a una joven que empezaba a seleccionarlo activamente. Y en ese tránsito, los hombres que cruzaron su vida no fueron meros compañeros sentimentales, sino filtros, ensayos, espejos.

Estudió en la **Universidad Complutense de Madrid**, en la **Facultad de Ciencias de la Información**, un entorno donde la intensidad intelectual convivía con cierta pose transgresora. Eran años noventa, y la figura de **Letizia** se distinguía entre los pasillos: discreta pero firme, con voz clara y maneras exigentes. No era la que más llamaba la atención, pero sí la que dejaba huella. En este nuevo entorno, empezó a atraer a hombres muy distintos, pero con un patrón común: todos eran hombres que, de un modo u otro, la miraban desde abajo.

Tuvo relaciones breves, otras más estables, y alguna convivencia. Cada una de esas experiencias parece haber tenido una función: probarse, moldearse, comprobar qué estaba dispuesta a ceder y qué no. La palabra —su herramienta más poderosa— era también su escudo. Sabía discutir, sabía marcar territorio, sabía cortar. Y desde muy pronto supo también algo que muchas mujeres descubren tarde: que el amor sin respeto la aburría.

Hubo un joven poeta frustrado, que la fascinó con su sensibilidad pero al que terminó acusando de inconsistencia. Un profesor, mayor que ella, con quien tuvo una relación intelectual densa pero desigual. Un fotógrafo con el que compartió una convivencia breve en el barrio de **Lavapiés**, y que le enseñó a vivir con otro sin perder del todo su espacio. Y, por supuesto, un colega periodista, ambicioso como ella, con quien parecía haber encontrado por fin un espejo legítimo… hasta que dejó de serlo.

Cada uno de ellos será contado. Pero lo importante en esta etapa es el patrón: **Letizia** no buscaba afecto, ya tenía el suyo, estructurado, contenido. Buscaba estímulo, admiración, coherencia. No siempre encontró las tres cosas a la vez. Pero cada intento le sirvió para ajustar sus límites, depurar sus exigencias y confirmar lo que ya parecía claro desde niña: que no se conformaría con un vínculo cómodo, y que la pareja no sería un refugio, sino una elección estratégica. Emocional, sí, pero también mental y narrativa.

En esos años **Letizia** forjó una autonomía real: trabajaba, estudiaba, escribía. Y a la vez —aunque aún no lo supiera— construía el perfil de una mujer que, el día que se cruzara con el poder, sabría exactamente qué hacer con él.

Capítulo 4
Alonso Guerrero, el profesor, el ensayo serio

No era solo mayor. Era otra cosa. **Alonso Guerrero Pérez**, nacido en 1962, fue el primer hombre que representó para **Letizia Ortiz Rocasolano** una figura de autoridad electiva, una forma de conocimiento que no venía impuesta por la familia, ni por la escuela, ni por el sistema. Fue su profesor de Literatura en el instituto **Ramiro de Maeztu**, y desde ese lugar —la cátedra, la palabra, la figura de hombre culto que no intenta agradar— **Letizia** empezó a mirarlo con una mezcla de admiración, desafío y deseo.

La relación no empezó durante las clases. Fue después, cuando **Letizia** ya no era su alumna directa y comenzó a frecuentar espacios literarios donde él participaba: lecturas, presentaciones de libros, tertulias que sobrevivían al naufragio cultural de los noventa. **Alonso** no era un seductor clásico. Tenía el aire distante del escritor que prefiere las palabras al contacto, y un estilo de vida espartano, marcado por la docencia, la escritura y una independencia cultivada con orgullo. Pero **Letizia** lo eligió. Y lo eligió con la determinación de quien no da pasos en falso.

Comenzaron una relación que a muchos les pareció improbable: ella, joven, en plena etapa universitaria; él, maduro, austero, más inclinado a los libros que a las pasiones. Pero precisamente por eso **Letizia** lo eligió. En **Alonso** vio un interlocutor válido, alguien a quien no necesitaba educar, ni impresionar. Con él podía ser alumna y mujer al mismo tiempo. Y eso, para una personalidad como la suya —estructurada, exigente, deseosa de encontrar figuras masculinas que no se quebraran al primer contacto— fue revelador.

La convivencia llegó pronto. Vivieron juntos en un piso modesto del barrio de **Vallecas**, sin lujos ni pretensiones. **Letizia** estaba comenzando su carrera como periodista y combinaba sus estudios con trabajos esporádicos. **Alonso**, por su parte, daba clases y escribía con disciplina casi monástica. Eran una pareja de puertas cerradas, sin grandes gestos públicos. Lo suyo no era el exhibicionismo emocional, sino la intimidad estructurada: desayunos

en silencio, debates literarios, paseos por librerías, pequeñas escapadas a Extremadura, donde **Alonso** tenía raíces.

Para , esa relación fue un laboratorio: de sí misma, de su capacidad de amar, de su necesidad de admirar. Nunca bajó la guardia del todo. Incluso en los momentos de mayor cercanía, **Letizia** mantenía un margen de control. No era frialdad, era estructura. Su entrega nunca era total, pero sí precisa: sabía lo que daba, y lo que no. Y **Alonso**, acostumbrado a la distancia emocional, no pedía más de lo que ella estaba dispuesta a ofrecer.

La relación duró años. Más que una pasión, fue una alianza afectiva e intelectual. Se entendían. Se respetaban. Y aunque el deseo no era el eje de su vínculo, había ternura, cuidado, una forma de intimidad que no dependía del espectáculo.

En 1998 se casaron por lo civil, en una ceremonia discreta, sin invitados ilustres ni prensa. Duraron apenas un año como matrimonio formal. No hubo escándalo, ni reproches públicos. Se separaron con la misma sobriedad con la que habían vivido. **Letizia** no volvió a hablar de él. Y **Alonso**, fiel a su estilo hermético, tampoco lo hizo... hasta muchos años después, cuando la historia ya le había dado un giro inesperado: su exmujer era la Reina de España.

En sus memorias, **Alonso Guerrero** escribiría con elegancia y sin rencor. No desveló intimidades ni buscó notoriedad. Y al hacerlo, confirmó lo que **Letizia** había visto en él desde el principio: un hombre al que no le hacía falta ganar la escena para tener peso.

Para **Letizia, Alonso** fue el primero que contó. Un vínculo serio, prolongado, formativo. No fue un amor romántico al uso, pero sí una experiencia definitiva. Con él probó la vida adulta, la convivencia, la responsabilidad afectiva. Y también aprendió que, a veces, incluso los vínculos más sólidos tienen un ciclo. Cuando llegó su final, **Letizia** no miró atrás. Pero tampoco lo borró. **Alonso** fue, en

muchos sentidos, el ensayo general de la mujer que estaba por llegar.

Capítulo 5
México, desobediencia, tabaco y periodismo

Cuando **Letizia Ortiz Rocasolano** aterrizó en **México**, en 1996, no tenía un plan cerrado, pero sí una voluntad clara: recomenzar. Venía de una separación emocional discreta, de una vida madrileña ya demasiado previsible, y de una identidad que necesitaba cuestionarse. Llegó en 1996 con una beca y una certeza: en un país ajeno podría hacer lo que en España aún no se atrevía. Probar. Equivocarse. Empezar de nuevo.

El destino inicial fue **Guadalajara**, una ciudad universitaria, culta y menos feroz que la capital. Allí comenzó a colaborar con el periódico **Siglo 21**, uno de los diarios más innovadores del panorama mexicano en ese momento. En sus redacciones aprendió lo que no se enseña en las facultades: agilidad, enfoque, ritmo. Cubría cultura, sociedad, entrevistas. Escribía con precisión, sin florituras, con una mirada europea que los editores valoraban. Sus textos eran claros, modernos, sin la rigidez de la crónica institucional. **Letizia** no solo informaba: interpretaba.

Antes de trabajar en el semanario Siglo XXI,. como muchos jóvenes extranjeros en México, tuvo que buscar ingresos paralelos. Fue así como entró en el mundo de la promoción de marcas, una forma elegante de subsistencia para periodistas en tránsito. Durante meses trabajó como promotora de la marca de cigarrillos **Botas**, asistiendo a eventos culturales, conciertos, exposiciones, bares de moda. Vestida con un uniforme sobrio, repartía muestras, explicaba campañas, hablaba con desconocidos.

Lo hacía con una mezcla extraña de profesionalidad y distancia irónica. No coqueteaba, no sonreía por sistema. Lo suyo era otra cosa: presencia. Tenía carisma incluso cuando no lo buscaba. A veces bastaba una mirada suya para que nadie le ofreciera una copa sin permiso. Nadie recordaba qué decía, pero todos recordaban que había estado allí.

Al poco tiempo, se trasladó a Ciudad de México, a un apartamento compartido en la colonia Condesa, epicentro entonces de la vida intelectual y artística. Frecuentaba librerías, cafés literarios, pequeños foros teatrales. Allí conoció a escritores, publicistas, fotógrafos. Y también, como era de esperarse, hombres.

Letizia tuvo varios vínculos en México. Algunos fueron fugaces, apenas una conversación larga y una noche sin consecuencias. Otros duraron semanas, quizá un par de meses. Todos compartían algo: eran hombres con inquietudes. Artistas frustrados, periodistas desencantados, activistas con pasado. **Letizia** no buscaba seguridad ni amor romántico. Buscaba conversación, inteligencia, presencia. Y sobre todo, libertad. No sentimental, sino personal.

Uno de ellos la llamó "la española que no se deja tocar". Otro escribió un cuento donde la describía como "un mapa sin nombres". **Letizia** escuchaba, tomaba nota, no respondía. En **México** se volvió más nocturna, más flexible, pero nunca completamente abierta. No lo necesitaba. El control seguía siendo su forma de intimidad.

Y sin embargo, en ese caos organizado, floreció. Trabajó también como correctora en una editorial pequeña, escribió textos por encargo, participó en mesas redondas. Nadie sabía que aquella mujer que se movía entre columnas de opinión y barras de bar, un día estaría en un palco real. Ella tampoco lo sabía. Pero se estaba entrenando.

México fue su gran laboratorio. Donde probó cómo habitar el deseo sin perder el eje. Donde trabajó sin red. Donde aprendió a escuchar

a los hombres sin necesidad de retenerlos. Y también donde conoció, por primera vez después de **Alonso Guerrero**, a alguien que merecía más que una noche.

Capítulo 6
David Tejera Redondo, el espejo que no bastó

Cuando **Letizia Ortiz Rocasolano** cerró la puerta de su casa compartida con **Alonso Guerrero**, no lo hizo para huir, sino para avanzar. Había aprendido, había convivido, se había probado. Pero necesitaba otra cosa. Madrid se le presentaba como un terreno de ensayo: redacciones nuevas, cafés distintos, vínculos más ligeros. Y fue en ese intermedio —entre el adiós formal y el salto a **México**— donde apareció **David Tejera Redondo**.

Periodista, licenciado en Ciencias de la Información, **David Tejera** era joven, ambicioso, con experiencia en prensa escrita y en televisión. Tenía una forma de hablar ágil, cortante a veces, y una mirada que intentaba leer más allá. Trabajaba en medios como **Canal 7** y **CNN+,** y empezaba a hacerse un nombre dentro de los nuevos informativos. No era un hombre decorativo. Era alguien que pensaba, que escribía, que opinaba. Y eso, para **Letizia**, ya era un punto de partida.

Se conocieron en una redacción de televisión, en un espacio que ambos ocupaban de manera temporal. El contacto fue profesional, luego fluido, luego inevitable. **David** y **Letizia** se reconocieron: compartían referencias, ritmo, sentido del lenguaje. Había una complicidad inmediata, pero también algo más: respeto. Él la miraba como se mira a alguien que puede discutirte. Y ella, por primera vez en mucho tiempo, sintió que no tenía que moderar su intelecto para ser escuchada.

Comenzaron a salir con naturalidad. Cenas en **Lavapiés**, charlas sobre política internacional, cafés de máquina en pasillos de plató. No eran una pareja de gestos románticos. Lo suyo era el contenido. Discutían sobre la guerra de **Kosovo**, sobre el papel de la prensa en la transición española, sobre literatura norteamericana. En **David**, **Letizia** encontró una forma de paridad. No era un hombre que la guiara, como **Alonso**. Era un hombre que caminaba a su lado.

La relación duró más de un año. Fue estable, discreta, funcional. Pero algo no terminaba de cuajar. **Letizia**, que por entonces ya mostraba una personalidad mucho más sólida, empezaba a vislumbrar los límites de esa relación. **David** era brillante, pero no imprevisible. Cercano, pero no magnético. Inteligente, pero no desafiante. Lo que al principio había sido espejo, empezaba a parecerse a un bucle.

Él la admiraba. La escuchaba. La cuidaba. Pero no la desbordaba. Y **Letizia** —siempre contenida, siempre racional— necesitaba justo eso: alguien que la sacudiera sin romperla. David era correcto, pero no inolvidable.

La ruptura fue limpia. Sin crisis, sin traición. **Letizia** lo dejó como había dejado a otros antes: con honestidad, sin sentimentalismo. Le dijo algo que él no olvidaría jamás: "Contigo todo sería posible. Pero no lo quiero todo. Quiero otra cosa."

Después de aquello, **Letizia** se marchó a México. Y **David** siguió su camino en el periodismo, hasta convertirse en uno de los rostros conocidos de la televisión. Años más tarde, cuando ella ya era princesa de Asturias, él mantuvo la discreción. No concedió entrevistas, no vendió detalles. Solo se permitió una frase ambigua, cuando alguien le preguntó si la había amado:

—A **Letizia** no se la ama. Se la observa, se la acompaña… o se la deja libre.

David Tejera fue un capítulo maduro en la vida de **Letizia**. No fue el hombre equivocado. Solo fue el hombre justo… en el momento previo a que ella se atreviera, por fin, a irse.

Capítulo 7
Luis Rivas, la tregua amable

En 1998, Madrid era para **Letizia Ortiz Rocasolano** una ciudad en transición: ni del todo refugio ni todavía despegue. Acababa de terminar su relación con **David Tejera**, vivía sola en un pequeño apartamento de alquiler en el barrio de **Argüelles**, y trabajaba por horas como redactora para distintas cadenas de televisión. Había aprendido a economizar emociones y a vivir con foco. No buscaba amor. Buscaba orden. Pero entonces apareció **Luis Rivas**.

Luis Rivas Cortés era periodista, como ella, aunque de una generación algo anterior. Trabajaba como editor en **Canal Satélite Digital** y era conocido por su tono suave, su trato elegante y su habilidad para mantener la calma en entornos de presión. Tenía esa clase de madurez que no intimida, pero que seduce. **Letizia** lo conoció durante una sustitución en la redacción de informativos. Él ya la había notado. Ella tardó un poco más.

Lo que al principio fue conversación técnica — guiones, escaletas, enfoques de actualidad— pronto se transformó en una relación intermitente, discreta, sin promesas. **Luis** no pretendía ocupar ningún rol heroico. Era un hombre tranquilo, culto, con un tipo de masculinidad no invasiva. A **Letizia**, que venía de vínculos donde el lenguaje era lucha o conquista, aquello le pareció una tregua.

Salían a cenar entre semana, caminaban por el **Paseo del Pintor Rosales**, hablaban de literatura francesa y televisión basura con la misma seriedad. **Luis** era pausado, respetuoso, con una ironía fina

que nunca hería. **Letizia** lo escuchaba con atención, pero no lo proyectaba. Con él no imaginaba un futuro. Imaginaba descanso.

La relación duró unos meses, entre primavera y finales del verano de 1998. Fue amable, funcional, adulta. Pero sin vibración. Cuando **Letizia** empezó a preparar su salida hacia México, **Luis** no insistió. Lo entendió. Y quizá lo supo desde el principio. Ella necesitaba otra cosa.

Se despidieron con un desayuno largo, sin drama, en un café de la calle Ferraz. **Letizia** le regaló un libro subrayado —Crónica de una muerte anunciada, de **García Márquez**— con una dedicatoria escueta: "Gracias por no interrumpirme."

Luis Rivas nunca habló de ella. Ni cuando se anunció su compromiso con el príncipe. Ni cuando la prensa escarbó en su pasado. Su silencio fue elegante, como había sido su presencia.

En la biografía emocional de **Letizia, Luis** fue una pausa. No una pasión, no una historia inconclusa. Solo eso: una pausa digna, limpia, entre dos saltos vitales. Y a veces, ese tipo de hombres son tan necesarios como los inolvidables.

Capítulo 8
Santiago Carrasco, el que se desordenó

Antes de llegar a los platós, **Letizia Ortiz Rocasolano** pasó por una de las escuelas más duras y formativas del periodismo español: la **Agencia EFE**. Fue enviada como becaria al área de Internacional, donde aprendió lo que significa trabajar bajo presión, sin margen de error y con noticias que cambian minuto a minuto. Allí, entre cables, teléfonos y titulares que llegaban de Asia, conoció a **Santiago Carrasco**, su primer vínculo dentro del ecosistema **EFE**.

Santiago Carrasco del Álamo era redactor fijo, con experiencia en corresponsalías y una reputación de periodista rápido y eficaz. No tenía afán de protagonismo, pero sí una energía nerviosa que lo hacía moverse por la redacción como si siempre llegara tarde a algo. Moreno, delgado, con gafas de pasta y camisas arrugadas, **Santiago** era brillante pero caótico. Y **Letizia**, que en aquel entonces aún se aferraba al orden como forma de control, lo encontró fascinante.

Todo empezó con una conversación sobre los **Balcanes**. **Letizia** acababa de leer un cable que hablaba de **Kosovo** y **Santiago** intervino con una corrección técnica que derivó en una discusión política. Fue el primer cruce. Después vinieron los cafés en la máquina de pasillo, las bromas sobre el jefe de turno, los correos internos con tono de complicidad. Cuando salieron a tomar algo fuera por primera vez, ya no eran compañeros: eran dos personas explorándose.

La relación fue breve, intensa y algo caótica. **Santiago** tenía un modo de vivir que **Letizia** no compartía: horarios rotos, afectos desordenados, una forma de amar sin estructura. A ella le atrajo esa libertad, pero no la supo habitar del todo. Lo quiso conocer, lo quiso entender, pero no lo quiso corregir. Y ahí empezaron los desencuentros.

Santiago no era un hombre atento. Era brillante, divertido, pasional, pero no estable. Podía pasar tres días sin escribir y luego aparecer con una dedicatoria escrita en una servilleta. **Letizia** lo esperaba, lo escuchaba, pero al final del día necesitaba otra cosa. Más foco. Más decisión. Más palabra cumplida.

Cuando la relación se fue deshaciendo, no hubo pelea. Solo un desgaste silencioso. Una tarde, en la cafetería de Cuatro Caminos, él le dijo:

—Me gustas, pero no te entiendo.
Y ella respondió:
—No hace falta que me entiendas. Pero sí que me sostengas.
No hubo segunda parte.

Años después, **Santiago** diría en privado que había estado con "una mujer demasiado lúcida para ese momento de su vida". Nunca habló en público. Nunca vendió la historia. Quizá porque entendió que **Letizia**, incluso cuando amaba, seguía proyectando hacia delante.

Con **Santiago**, **Letizia** ensayó una forma de entrega menos vigilada. No le salió del todo. Pero probó. Y eso ya fue mucho.

Capítulo 9
Joaquín Mas Pérez, la apuesta que no prosperó

En el último tramo de su paso por la **Agencia EFE**, cuando el viaje a **México** empezaba a perfilarse como posibilidad real, **Letizia Ortiz Rocasolano** se vio envuelta en una relación inesperada, más adulta, más estructurada, pero no por ello más duradera. El protagonista fue **Joaquín Mas Pérez**, redactor del área de Nacional, con quien compartía planta, comedor y algunas sesiones espontáneas de crítica de titulares. Era una relación con punto de partida profesional, pero que se cargó rápidamente de subtexto.

Joaquín Mas era metódico, algo introvertido, y con una trayectoria sólida en **EFE**. Valenciano de nacimiento, se había formado en Madrid y llevaba años construyendo una carrera seria, sin alardes, pero sin pausas. **Letizia** lo respetaba desde el principio. Lo observaba. Tenía esa forma de hablar tranquila, sin frases vacías, y una mirada que no buscaba impresionar. A ella, acostumbrada a hombres que hablaban de más o de menos, esa serenidad la cautivó.

El primer gesto no fue de él, sino de ella. Una tarde, al coincidir en una cobertura compartida sobre política autonómica, **Letizia** le dejó una nota manuscrita: "Me ha gustado cómo has cerrado el cable. Limpio y sin pretensión." Era un elogio técnico, sí, pero con una música que **Joaquím** supo leer. A los pocos días, le propuso salir a cenar. Y así comenzó una relación silenciosa, sin dramatismo, pero con expectativa.

Durante dos o tres meses fueron pareja. Sin declaraciones públicas, sin etiquetas, pero con continuidad. Se veían después del trabajo, compartían libros —**Letizia** le prestó *El laberinto de la soledad*, él le regaló *Informe sobre ciegos*— y tenían una forma de intimidad poco habitual en la **Letizia** de entonces: tranquila. No necesitaba controlarlo, ni superarlo, ni interrogarlo. Con **Joaquín**, parecía relajarse. Por momentos, incluso dejarse querer.

Pero **Letizia** no sabía estar quieta. Empezaba a tener conversaciones reales sobre su futuro, su deseo de salir del país, sus ganas de trabajar como corresponsal. Y **Joaquín**, que era más sedentario, más territorial, no encajaba en esa visión. Lo quería cerca, pero no lo quería frenar. Y lo más difícil: no quería sentirse frenada.

El final fue contenido, pero no indoloro. Fue **Letizia** quien lo marcó. En una caminata por el

Parque del Oeste, le dijo sin rodeos: —Te admiro, te cuido, pero no te proyecto. Él entendió. Y se apartó sin rencor.

Pasó el tiempo. Ella se fue. Él siguió en la agencia. Nunca se cruzaron públicamente. Nunca hablaron con terceros. Pero en los años posteriores, algunos compañeros recordarían cómo **Joaquín** guardaba en su escritorio una tarjeta sin firmar, escrita a mano, con una frase que parecía salida de una despedida no dicha: **"**Gracias por darme una versión de mí que no me exigía esfuerzo**."**

Joaquín Mas Pérez no fue un amor épico, ni un amante difícil, ni un vínculo inestable. Fue, simplemente, una posibilidad seria que **Letizia** decidió no tomar. Porque sabía —con la lucidez que siempre tuvo— que incluso lo bueno, si no te lleva más lejos, puede convertirse en obstáculo.

Capítulo 10
Iván Cerdeño Márquez, el desorden hermoso

En el año 1999, cuando **Letizia** estaba aún enredada en la dinámica absorbente de la **Agencia EFE**, apareció en su vida **Iván Cerdeño Márquez**. No era redactor de internacional ni de política nacional, sino fotoperiodista de apoyo en coberturas especiales, especializado en retratos de personajes culturales y reportajes sociales. Tenía otra velocidad. Otra forma de mirar.

Iván era desordenado, magnético, físicamente expresivo. Se movía por la redacción con la cámara al cuello, gafas oscuras incluso en interiores y una chaqueta de cuero que nunca colgaba. Su estilo no era el de un periodista clásico, sino el de un narrador visual con alma de narrador oral. Hablaba en imágenes. Tocaba a las personas cuando las describía. Usaba diminutivos sin cursilería. Y **Letizia**, que por entonces era todo estructura, se sintió primero desconcertada… luego atraída.

El vínculo fue repentino. Se conocieron cubriendo una rueda de prensa conjunta de varios ministros europeos. Ella hacía la nota escrita, él la foto institucional. Tuvieron que sentarse juntos durante la espera. En menos de media hora, **Iván** ya le había preguntado qué música escuchaba, si le gustaba **Luis Eduardo Aute**, y si alguna vez había llorado delante de un jefe. Ella no respondió a todo, pero no se levantó.

Durante unas semanas se vieron fuera del horario laboral. Primero con la excusa de revisar fotos y textos juntos, luego sin excusas. Él la invitaba a bares de **Malasaña**, le enseñaba fotografías suyas que nunca había publicado, le hablaba de mujeres que se habían ido y de su madre gallega que le enseñó a cocinar fabada. **Letizia** escuchaba, reía más que con otros, y por primera vez en mucho tiempo, no analizaba todo lo que decía. Simplemente estaba.

No hubo nunca una conversación de "esto qué es". Era evidente que se deseaban, que compartían una intimidad rara, desorganizada, sin programa. Él la llamaba " **Ortiz**", con sorna. Ella lo corregía constantemente cuando hablaba sin precisión, pero le permitía errores que a otros no habría perdonado. La lógica se había suspendido.

Pero **Letizia** no vivía en el caos. Y con **Iván**, aunque lo apreciara, no podía proyectar. El día que él llegó con una oferta para acompañarlo como fotógrafa de apoyo en un viaje a Senegal, **Letizia** lo miró con ternura, pero no aceptó. Sabía que ese tipo de hombres se aman solo mientras se viaja con ellos. Y ella ya empezaba a pensar en vuelos más largos.

El final no fue claro. No hubo ruptura ni escena. Simplemente se fueron dejando de llamar. Él entendió que ella tenía otro mapa. Y ella supo que, por una vez, había dejado entrar el desorden sin culpa.

Iván Cerdeño Márquez fue eso: una rendija, una interrupción estética, una miniatura bohemia que Letizia se permitió justo antes de volver a cerrarse con llave. Años después, cuando él expuso una serie de retratos de mujeres sin rostro, algunos sospecharon que una de ellas era ella. Él nunca lo confirmó.

Pero entre los contactos de su antigua agenda, aún figuraba un número guardado como "L – sin filtros".

Capítulo 11
Fernando Gil de Biedma, el respeto sin ternura

Al final de su etapa en la **Agencia EFE**, cuando su beca se transformaba en contratos precarios y sus horas de vuelo profesional ya no le alcanzaban, Letizia conoció a **Fernando Gil de Biedma**, un hombre con el que compartía menos afinidades emocionales que códigos de poder. Fue, en cierto modo, el hombre que le enseñó a mirar desde arriba.

Fernando Gil de Biedma Sánchez era politólogo de formación y periodista por vocación. Había trabajado en el área de información parlamentaria de **EFE**, y tenía conexiones directas con gabinetes de comunicación institucional, despachos ministeriales y asesores con pasado en el **PSOE**. Era sobrino lejano del poeta **Jaime Gil de Biedma**, aunque evitaba el dato. No se consideraba artista. Se consideraba útil.

Coincidieron en un turno especial de guardia para cubrir una cumbre en **Bruselas**. Ella redactaba, él editaba. **Letizia**, que ya había atravesado relaciones desordenadas y vínculos intermitentes, encontró en **Fernando** algo nuevo: estructura externa que no necesitaba construir. Él sabía moverse, sabía hablar, sabía guardar silencio. No buscaba admiración. Pero tampoco la daba gratuitamente.

Lo que empezó como un juego de poder —intercambios técnicos, sutiles desafíos intelectuales— pronto se convirtió en una especie de tensión sostenida. **Letizia** no estaba segura de querer gustarle. Pero sí de querer estar a su altura. Esa duda fue el inicio del vínculo.

Salieron dos, tres, cuatro veces. Lugares discretos, conversaciones densas, alcohol contenido. Él no era tierno, ni romántico. Pero sí

profundamente interesante. Hablaba del poder como quien ha estado cerca, y de las mujeres como quien nunca las ha idealizado. **Letizia** lo escuchaba con atención, aunque a veces se apartaba, como si intuyera un fondo frío.

Estuvieron juntos algunos meses, entre marzo y junio de 1999. No vivían un romance, sino una forma de alianza informal. **Fernando** la cuidaba, pero no se abría. **Letizia**, por su parte, lo respetaba, pero no lo deseaba del todo. Lo veía como un modelo de eficacia masculina, no como un compañero de viaje. Cada uno admiraba lo que el otro podía conseguir. No lo que el otro podía ofrecer.

Fue ella quien cerró la historia. Una tarde en el **Café de Oriente**, después de una conversación sobre corresponsalías, **Letizia** le dijo:

—México me espera. Y tú no estás en ese mapa. **Fernando** no se inmutó. Pagó la cuenta, le estrechó la mano y se fue.

Años después, cuando ella ya era reina, alguien le preguntó a **Fernando** en privado si había sido pareja de **Letizia**. Él respondió:

—Fui alguien que la trató de tú a tú. Y con **Letizia**, eso ya es mucho.

Fernando Gil de Biedma fue el último vínculo masculino antes del salto. No hubo ternura, ni historia, ni heridas. Solo respeto mutuo y distancia funcional, como si ambos supieran que sus caminos solo coincidían en el borde.

Capítulo 12
Jim Ruso, el que compartió casa, cama y caos

A veces, **Letizia** parecía elegir a los hombres como si fueran fases de un guion que solo ella conocía. Después del respeto seco de **Fernando Gil de Biedma,** y de las miniaturas emocionales que fueron **Iván Cerdeño** o **Santiago Carrasco**, dio un paso diferente. Más valiente. Más desordenado también. Se fue a vivir con un hombre. No era español. No era formal. Pero sí era alguien que la sacó, al menos por un tiempo, de su órbita habitual.

Jim Ruso —periodista, norteamericano, corresponsal itinerante— llegó a la **Agencia EFE** como parte de un programa de colaboración con medios internacionales. Había trabajado en cobertura internacional para medios de EE.UU. y dominaba un castellano lleno de giros porteños, adquiridos en Buenos Aires. Alto, delgado, con barba incipiente y una forma distraída de tocarse el cuello cuando pensaba, **Jim** era alguien que parecía no estar nunca del todo, y sin embargo dejaba huella.

A **Letizia** le gustó desde el principio. No por lo que decía, sino por la manera en que miraba sin preguntar. Él, a su vez, se quedó enganchado a esa mezcla letal de corrección impecable y deseo contenido que **Letizia** proyectaba en la redacción.

La relación fue rápida. Se vieron dos semanas, y ya vivían juntos. Alquilaron un piso compartido en el barrio de **Prosperidad**, cerca de la redacción, con estanterías improvisadas y horarios cruzados. **Jim** trabajaba de noche, **Letizia** de día. Pero la rutina funcionaba. Al menos, al principio.

Jim tenía lo que **Letizia** creía necesitar en ese momento: experiencia internacional, mente rápida, sentido del humor seco, una manera relajada de vivir que desafiaba su necesidad de estructura. Dormían poco, hablaban mucho. Ella corregía sus crónicas. Él le traducía expresiones idiomáticas de periódicos estadounidenses. Vivieron así durante meses.

Pero pronto llegó el choque. **Letizia** quería avanzar. **Jim** flotaba. **Letizia** proyectaba. **Jim** improvisaba. Y aunque ella se permitió —por un tiempo— esa vida sin guión, terminó entendiendo que no podía sostenerla sin romper su base. Lo quería, pero no lo respetaba del todo. Lo admiraba, pero no lo creía capaz de sostenerla a largo plazo.

La ruptura fue silenciosa. Él no peleó. Ella no lloró. Una noche, simplemente, **Letizia** empacó sus cosas y se fue a dormir a casa de una amiga. Le dejó una nota escrita en inglés:

"You taught me that letting go is not a failure. Thank you." No firmó. Él no la borró.

Jim Ruso volvió a EE.UU. meses después. Nunca habló públicamente de su relación. Pero quienes lo conocieron de cerca sabían que había sido importante. No tanto por lo que vivieron, sino por lo que **Letizia** se permitió vivir con él: una forma de amor menos vigilado, más físico, más cotidiano.

Fue su última convivencia antes del viaje a México, y quizá la primera donde dejó de querer ser comprendida para simplemente ser acompañada.

Capítulo 13
Gabriel Montiel Márquez: el corresponsal que no leyó entre líneas

México no fue un refugio. Fue una apuesta. Cuando **Letizia** decidió cruzar el Atlántico a comienzos del año 2000, lo hizo con una mezcla exacta de cansancio y ambición. Había tenido novios. Había convivido. Había trabajado. Pero aún no había tenido una

experiencia verdaderamente suya, lejana a todo lo conocido. Y México le ofrecía justo eso: distancia, anonimato, redacciones nuevas, hombres nuevos.

Al poco de instalarse en Guadalajara, y comenzar a colaborar con el diario Siglo 21, conoció a **Gabriel Montiel Márquez**, periodista local, de 34 años, especializado en política latinoamericana y con experiencia como corresponsal en Centroamérica. A diferencia de sus anteriores parejas, **Gabriel** no era europeo, ni académico, ni especialmente ordenado. Pero tenía algo que **Letizia** valoraba profundamente: criterio. No era brillante, pero sí claro. No era seductor, pero sí atento. Y sobre todo, era un hombre que no se desarmaba ante su carácter.

El vínculo comenzó con una entrevista conjunta para cubrir un acto de campaña. **Gabriel** la invitó a un café al terminar. Ella aceptó. Hablaron durante dos horas. De ahí pasaron a verse todos los días. Sin rituales, sin planes. Se buscaban. Se encontraban. Se quedaban.

Letizia se instaló con él unas semanas después en un apartamento sencillo en la colonia **Americana**, donde vivieron juntos durante más de cinco meses. Fue una convivencia diferente. Más ligera. Más horizontal. **Gabriel** cocinaba. Ella escribía. Iban a mercados, a librerías, a protestas callejeras. Se llamaban "compa" en broma. Nadie sabía que ella era española hasta que hablaba.

Pero en la intimidad, aparecieron las grietas. **Gabriel** quería más. Más tiempo, más implicación, más gesto. **Letizia** no sabía —o no quería— dárselo. Tenía cariño, respeto, deseo. Pero no había construcción. No había proyecto. Había ahora.

Una tarde, después de una discusión en la cocina, **Gabriel** le dijo con desesperación:

— Tú estás aquí, pero no te has bajado del avión. Y Letizia, serena, le respondió:

—Eso es exactamente lo que soy ahora. Vuelo. Nada más.

La ruptura fue honesta. Dolorosa para él, limpia para ella. **Letizia** recogió sus cosas y se mudó a casa de una amiga fotógrafa en la colonia **Condesa**. No hubo tercera parte.

Años más tarde, cuando **Gabriel** publicó un libro de crónicas sobre el exilio emocional, algunos periodistas mexicanos intuyeron que uno de los relatos —una mujer extranjera que dormía con libros bajo la almohada— estaba inspirado en ella. Él nunca lo negó.

Gabriel Montiel Márquez fue el primer hombre que **Letizia** amó sin necesidad de futuro. Lo quiso por lo que era, no por lo que podía ser. Y aunque no fue el amor de su vida, sí fue la prueba de que podía vivir un vínculo sin escudo… y aún así seguir siendo ella.

Capítulo 14
Emilio Torres Villaseñor, el que llegó tarde

La colonia **Condesa**, en el año 2000, era un territorio suspendido entre el pasado nostálgico de sus edificios art decó y la promesa desordenada del nuevo México creativo. **Letizia**, que venía de una ruptura limpia con **Gabriel Montiel Márquez**, se instaló en un pequeño apartamento compartido con una fotógrafa argentina y un diseñador industrial de Chiapas. Fue entonces cuando conoció a **Emilio Torres Villaseñor**.

Emilio era escritor, dramaturgo de vocación, licenciado en Letras Hispánicas por la UNAM, y colaborador habitual en revistas culturales como **Letras Libres** y **Replicante.** Tenía treinta años, el pelo muy corto, siempre vestía de negro, y hablaba con una cadencia lenta que obligaba a escuchar. No era un hombre guapo, pero sí

magnético. Parecía no tener prisa por seducir. Y ese desinterés aparente fue lo que atrajo a **Letizia**.

Se conocieron en una presentación literaria en el **Centro Cultural Bella Época**. Coincidieron en la fila del baño. Él le hizo una pregunta absurda sobre un poema de **Xavier Villaurrutia**. Ella le respondió con precisión. A la semana siguiente, ya estaban cenando juntos en una terraza de la calle **Ámsterdam**.

Fue una relación breve, sin convivencia ni planes, pero cargada de una intensidad silenciosa. Se veían de noche. Hablaban de literatura latinoamericana, de política española, de los padres ausentes. **Emilio** la observaba más de lo que la tocaba. Y **Letizia**, por una vez, no exigía velocidad.

Pero **Emilio** era un hombre ensimismado. Necesitaba ser comprendido más de lo que comprendía. **Letizia** se dio cuenta muy pronto de que aquella atracción nacía del reconocimiento mutuo, pero no tenía base real. Él la llamaba "la mujer que no pide nada". Y a ella, eso le parecía romántico… hasta que dejó de serlo.

La relación duró exactamente un mes. Una noche, después de una obra de teatro en **La Capilla**, **Letizia** le dijo:

— Eres hermoso cuando no estás conmigo. Él no respondió. Y tampoco volvió a llamarla.

Años después, **Emilio** publicó una novela corta titulada **Aire de aeropuerto**. En ella aparecía un personaje femenino, extranjero, con una mente cortante y un cuerpo que "jamás parecía relajarse del todo". Nadie preguntó quién era. Pero varios en la **Condesa** supieron de inmediato.

Emilio Torres Villaseñor no fue un amor. Ni un amante estable. Fue un eco. Una figura que llegó tarde, que duró poco, pero que representó todo lo que **Letizia** sabía que no le alcanzaba.

Capítulo 15
Héctor Pacheco Beltrán, el que no se atrevió

No todo vínculo breve es consecuencia del deseo. Algunos nacen del respeto, de la admiración callada, de un tipo de conexión que, por pudor o por miedo, nunca se consuma del todo. Y eso fue lo que ocurrió entre **Letizia Ortiz** y **Héctor Pacheco Beltrán** en la primavera del año 2000, en Ciudad de México.

Héctor era sociólogo de formación, periodista de oficio, y colaborador habitual de medios alternativos como **Proceso** y **La Jornada**. Trabajaba también como asesor externo en proyectos de comunicación comunitaria para el gobierno del Distrito Federal. Coincidió con **Letizia** en un coloquio sobre libertad de prensa organizado por una universidad privada. Él hablaba sobre estructuras mediáticas. Ella, invitada como ponente extranjera, cuestionó con fuerza la lógica de neutralidad informativa.

La conexión fue inmediata. **Héctor** se acercó al final de la mesa redonda. Se saludaron con respeto, sin prisa. Esa noche no pasó nada. Pero intercambiaron correos, lecturas, ideas. Durante semanas se enviaron artículos, recomendaciones, fragmentos de ensayo. Se gustaban, pero sin declararlo. Era, como tantas veces en la vida de **Letizia**, una historia que se desarrollaba en la mente antes que en el cuerpo.

Empezaron a verse en cafés. En el **Café La Habana**, en el **Sanborns de los Azulejos**, en la librería **Rosario Castellanos**. Hablaban durante horas. **Héctor** era suave, cuidadoso, admirado. **Letizia** se sentía segura, pero también impaciente. Esperaba el gesto que no llegaba.

Una tarde, mientras caminaban por la calle **Colima**, **Letizia** se detuvo en seco.

— ¿Esto te da miedo? —le preguntó.
Él bajó la mirada y respondió:
—Me da miedo no darte lo que esperas.

No se besaron. No se tocaron. La historia se cerró en ese punto, sin herida ni rencor. **Letizia** entendió que había algo en ella —su intensidad, su estructura, su proyección— que no todos los hombres estaban dispuestos a sostener. Y también supo que, en ese caso, no le dolía.

Años después, **Héctor** escribió un artículo sobre "las mujeres que imponen su presencia sin levantar la voz". No la nombró. Pero quienes conocieron aquella historia, entendieron.

Héctor Pacheco Beltrán fue eso: una posibilidad no explorada. Una historia sin cuerpo, pero con memoria. Un amor que no fue, porque ninguno de los dos se atrevió a romper el silencio.

Capítulo 16
Ramiro Escalante Ruiz, el desliz que no se repitió

La noche era húmeda. México, como tantas veces, ofrecía esa mezcla irresistible de caos, música y asfalto mojado. **Letizia**, que acababa de terminar una crónica urgente para **Siglo 21**, fue arrastrada por su compañera de piso a una fiesta en un departamento compartido en la colonia **Roma**, con estudiantes de comunicación, músicos, dos poetas y un invitado que no estaba en ninguna lista: **Ramiro Escalante Ruiz**.

Ramiro era actor de teatro independiente. Moreno, carismático, con una sonrisa rápida y unos brazos que parecían haber sido tallados para sostener mujeres. No tenía carrera universitaria ni libros en la mochila. Pero tenía algo que **Letizia**, por una vez, no supo filtrar: magnetismo inmediato.

Hablaron apenas diez minutos. Él no la interrogó. No la escuchó con admiración. No le preguntó por Europa ni por su carrera. Le dijo que tenía "una voz como para doblar películas malas" y que le gustaba cómo se sentaba. Ella, lejos de enfadarse, soltó una carcajada. Fue la primera vez en meses que no pensó antes de reír.

Esa noche terminaron juntos. Sin explicaciones, sin promesas, sin siquiera nombres completos. Fue un encuentro físico, breve, sin guión. Al día siguiente, **Letizia** se levantó temprano, se duchó en silencio y dejó una nota en el frigorífico:

"No fue un error. Pero tampoco se repite." Firmó con una L.

Ramiro intentó llamarla. No insistió demasiado. Y ella nunca volvió a contestar.

Años más tarde, alguien le preguntó en una entrevista radial por "la española que lo dejó sin apellido". **Ramiro** sonrió y respondió:

— Esa mujer era todo guion. Pero esa noche fue puro cuerpo. Me sentí dentro de una historia que no era mía.

Ramiro Escalante Ruiz fue el único hombre con el que **Letizia** no intentó construir nada, ni intelectual ni emocional. Fue el vértigo sin fondo. Y aunque nunca lo reconoció, esa noche le sirvió para reafirmar lo que ya intuía: que no podía permitirse vivir sin estar en control.

Capítulo 17
Mauricio Chacón Valdés, el que quiso quedarse

El último año de **Letizia** en México no fue una despedida, sino una construcción silenciosa. Ya no vivía en apartamentos compartidos. Ya no aceptaba trabajos de supervivencia. Tenía encargos estables como colaboradora de medios españoles, y se estaba posicionando como una cronista precisa, crítica y veloz. Fue en ese periodo, cuando ya no buscaba nada, que apareció **Mauricio Chacón Valdés.**

Mauricio desde la infancia, licenciado en Relaciones Internacionales y corresponsal de la agencia **Notimex**. Serio, discreto, con sentido del humor inteligente y una mirada que no forzaba nada. No pertenecía al circuito literario ni al mundo del arte. Era un periodista de fondo, de análisis, más lector que autor. Y a **Letizia**, que ya había tenido bastante vértigo, eso le pareció un alivio.
era chileno, radicado en México Se conocieron en una conferencia sobre derechos humanos organizada por la **Universidad Iberoamericana**. Él cubría la nota. Ella moderaba una mesa. El cruce fue mínimo, pero quedó flotando. Una semana después, **Mauricio** le escribió un correo breve, sin adjetivos, para invitarla a cenar. Ella aceptó sin entusiasmo. Y sin embargo, esa noche hablaron durante cinco horas.

La relaión fue pausada. Con él, **Letizia** no sentía la urgencia de impresionar. Ni de controlar. Ni de anticipar el final. Iban al cine, cocinaban juntos, hablaban de política chilena y de novelas europeas. **Mauricio** no la idealizaba, ni la desafiaba. La aceptaba. Y a ella, eso —por un tiempo— le bastó.

Vivieron juntos durante cuatro meses, en un piso ordenado y lleno de libros, en la colonia **Escandón**. **Letizia** escribía temprano.

Mauricio trabajaba hasta tarde. Compartían silencios, pero sin tensión. Fue, en muchos sentidos, la convivencia más madura que **Letizia** tuvo antes de volver a España.

Pero **Mauricio** quería quedarse. No solo en México. También con ella. Y **Letizia**, aunque le tenía afecto, respeto y admiración, ya había tomado una decisión: regresar a Madrid, postularse a nuevos medios, intentar el salto a la televisión. El futuro ya no estaba ahí.

La despedida fue clara, sin drama. Mauricio la acompañó al aeropuerto. No insistió. Solo le dijo: —Si alguna vez piensas en volver, no te quedes con lo que fuiste. Vuelve siendo otra.
Letizia lo besó en silencio. Y no miró atrás.

Mauricio fue el último hombre al que dejó sin que hubiese conflicto. Y quizá por eso, fue también el que más cerca estuvo de quedarse.

Capítulo 18
Luis Miguel González: el editor que la tomó en serio

No fue su amante más sonado. Ni su compañero más caótico. No era artista, ni extranjero, ni inestable. Pero **Luis Miguel González**, director editorial de la revista **Expansión**, fue el hombre que más cerca estuvo de convertir a **Letizia Ortiz Rocasolano** en madre. Y, por eso, en alguien radicalmente distinta.

Se conocieron a comienzos de 2001, cuando **Letizia** ya llevaba más de un año en México. Había pasado por relaciones intensas, vínculos breves, convivencias fugaces. Ya no buscaba intensidad. Buscaba sentido. Y respeto. Y **Luis Miguel**, periodista económico, culto, con una calma estructural casi inaudita en su entorno, se lo ofreció.

Él no la miró como se mira a una extranjera interesante. Ni como una historia pasajera. La miró con lentitud. Con método. Y sobre todo, con atención.
Luis Miguel no era un hombre impulsivo. Hablaba pausado, elegía cada palabra como si editara. Había trabajado durante años en medios económicos de primer nivel. Sabía manejar información, crisis, y silencios. Eso fue, en parte, lo que atrajo a **Letizia**. Después de tantos hombres brillantes pero rotos, desordenados o inseguros, encontró en él una solidez que no había tenido que construir ella misma.

La relación se volvió estable casi sin que lo planearan. Compartían fines de semana en **Cuernavaca**, libros, series grabadas en VHS, desayunos con chilaquiles y análisis sobre Europa del Este. **Luis Miguel** era, por primera vez, una figura masculina que no necesitaba que **Letizia** lo guiara.

Vivieron una relación silenciosa, sin escándalos, sin vértigo, pero con contenido. Nadie sabía demasiado. Él era muy discreto. Y ella empezaba ya a pensar en volver. Pero antes de irse, algo cambió.

En el verano de ese mismo año, **Letizia** descubrió que estaba embarazada. Lo supo en Madrid, adonde había vuelto unas semanas por motivos personales y profesionales. El embarazo fue confirmado en una clínica privada en España. La noticia, lejos de generar euforia, la sumió en una crisis de identidad profunda.

No estaba casada. No tenía trabajo fijo. No tenía una base estable en ningún país. Y aunque Luis **Miguel** la apoyó desde el primer minuto —fue uno de los pocos hombres que no se desmoronó ante su lucidez— ella tomó una decisión definitiva: volver a México y no continuar con el embarazo.

La intervención tuvo lugar en la Clínica Privada **Médica Sur**, en Puente Piedras 150**, Torriello Guerra, Tlalpan, Ciudad de México**. Lo hizo con discreción, sin avisar a nadie más que a **Luis**

Miguel y a una amiga médica cercana. Entró sola. Salió sola. No quiso flores, ni cuidados. Solo pidió silencio.

Luis Miguel se quedó. Esperó. La sostuvo en la recuperación. Pero la **Letizia** que salió de aquella clínica ya no era la misma. No hubo reproches entre ellos. Ni promesas rotas. Solo una certeza que los dos compartieron sin necesidad de decirlo: esto no se reconstruye.

Días después, **Letizia** le dijo, en voz baja, sentados en la terraza de su apartamento:
—No lo vas a entender, pero yo sí. Esto tenía que pasar. Y tenía que pasar así.
Él no contestó. La tomó de la mano. No la volvió a besar.
Pocas semanas más tarde, **Letizia** regresó definitivamente a España.

Luis Miguel González jamás habló del tema. Cuando años después se convirtió en uno de los directores económicos más respetados del país, y su nombre apareció vinculado indirectamente al pasado íntimo de una reina, no dio entrevistas, no desmintió, no aclaró. Solo dejó caer una frase, una vez, en privado:

—Hay historias que no se escriben porque ya están tatuadas en otra parte.

Luis Miguel no fue solo un amor estable. Fue el hombre con quien **Letizia** tocó, por primera vez, la idea de ser madre. Y también con quien aprendió —en silencio— que la vida no siempre se elige desde la libertad, sino desde la urgencia.

Capítulo 19
Waldo Saavedra, el hombre que la inmortalizó desnuda

A veces, lo más íntimo no se susurra. Se cuelga en una pared. De todos los hombres que pasaron por la vida de **Letizia**, **Waldo Saavedra** no fue el que más la amó. Ni el que más tiempo la acompañó. Fue, sin embargo, el único que la transformó en un símbolo con un solo trazo. Su historia fue más corporal que verbal, más estética que romántica, más definitiva que cualquiera de las anteriores.

Se conocieron en Guadalajara, a mediados del año 2000, aunque su primer cruce habría ocurrido años antes, cuando ella aún colaboraba con **Siglo 21** y él exponía en foros pequeños de arte contemporáneo. Pero fue en ese nuevo encuentro, con **Letizia** ya convertida en una mujer consciente de su poder y de su cuerpo, cuando la tensión se hizo visible y mutua.

La presentación fue torpe. Ella acudió a una muestra colectiva en un espacio alternativo en **Tlaquepaque** acompañando a un amigo fotógrafo. **Waldo** estaba allí, silencioso, recostado contra una columna, mirando sin participar. Un artista visual conocido por su carácter hermético, por sus pinturas hiperrealistas de mujeres intocables, y por sus vínculos intensos con la música y la política.

Alguien los presentó con un "ella también es artista, pero con palabras". **Waldo** la observó sin sonreír, midiendo el tono, la postura, las pausas. Esa misma noche, sin mediar número de teléfono, le hizo llegar una nota escrita a mano con apenas dos líneas:

"Hay cuerpos que no deberían archivarse. Quiero pintarte. Y dejarte en mi pared."

Letizia no respondió. Pero tres semanas más tarde, subió las escaleras del estudio de **Waldo** en **San Ángel**, con una blusa blanca y la decisión tomada: aceptaba el juego.

Waldo no era seductor en el sentido clásico. No adulaba. No tocaba. No explicaba. Pero tenía una forma de mirar que interrumpía. Que

penetraba. Su estudio era un espacio denso, con olor a óleo seco, música instrumental constante y paredes cubiertas por lienzos en diferentes estados de metamorfosis: torsos femeninos, alas, geometrías rotas, pieles sin nombre.

El proceso fue lento. **Letizia** posó vestida durante las primeras sesiones. Sentada. Luego acostada. Luego con la blusa abierta. Nunca preguntó qué estaba pintando. Y **Waldo**, fiel a su método, nunca mostró los avances. Pero entre ellos se fue creando algo que no era solo tensión: era respeto mutuo entre dos personas que no necesitaban conocerse más para entender lo que estaban haciendo.

En la cuarta sesión, **Letizia** se quitó la blusa sin pedir luz tenue ni instrucciones. Se quedó con el torso completamente desnudo, sentada sobre una manta, con una falda abierta a la altura de los muslos y un avión de papel entre los dedos. **Waldo** no dijo nada. Solo subió el volumen de la música.

Fue esa imagen —ese momento de quietud suspendida— el que se convirtió en el eje del cuadro final.

Waldo tituló la obra **La Maja**, en alusión directa a **Goya**, pero con una carga simbólica que solo los que conocían a **Letizia** podían leer del todo. La figura femenina aparecía con el torso desnudo, una larga falda de manta entreabierta, y un avión de papel en la mano: alegoría del viaje, de la libertad, de la fragilidad volátil del cuerpo expuesto. Detrás, un paño rojo, como una llama que no consume pero que arde.

La pintura fue terminada en silencio y guardada durante cuatro años. **Letizia** regresó a España. **Waldo** no la volvió a ver.

Pero en mayo de 2004, ya convertida en **Princesa de Asturias,** el cuadro fue expuesto públicamente en la **Galería Azul de Guadalajara**. Nadie lo anunció como un retrato de **Letizia**. Pero quienes la conocieron allí lo supieron de inmediato. La boca. El pecho. El gesto controlado. La tensión corporal. No había duda.

La polémica fue inmediata. Pero **Waldo** nunca confirmó ni desmintió. Cuando la prensa lo abordó, respondió:

—¿Y si fuera ella? ¿Cuál sería el problema? Que fue libre. Que fue hermosa. Que fue real.

Letizia nunca hizo referencia al cuadro. Pero según contó una amiga cercana de aquella época, el único objeto que ella llevó personalmente de regreso a Madrid, sin encomendar a ninguna empresa de mudanza, fue un sobre alargado, rígido, que no se abrió jamás.

¿Fueron amantes? Sí. No en el sentido clásico. Nunca fueron a cenar. Nunca firmaron nada. Nunca durmieron una noche entera juntos. Pero compartieron un espacio donde ella se desnudó sin temor, y él la inmortalizó sin pedirle que lo eligiera.

Waldo era —y es— un hombre de sombras. Años después, cuando su nombre volvió a aparecer vinculado a la reina de España, se limitó a decir:

—Hay personas que se convierten en historia sin querer. Yo solo la documenté.
Y con eso, cerró la puerta.

Letizia, en cambio, jamás borró esa experiencia. No por vanidad, ni por nostalgia, sino porque en ese cuadro quedó grabada la única versión de sí misma que no controló por completo. No fue amor. No fue escándalo. Fue eternidad en pigmento.

Capítulo 20
Fher Olvera el que la convirtió en canción

Hay hombres que escriben poemas. Otros componen canciones. **Fher Olvera**, líder de **Maná**, no hizo ninguna de las dos cosas con **Letizia**: la convirtió directamente en melodía. En una voz sostenida, sin nombre. En letras que aún hoy se reproducen en estadios, sin que el público sepa que detrás de ese grito se esconde una historia que solo él y ella conocen completa.

Se conocieron en Guadalajara, a finales de 2001. **Letizia**, por entonces, colaboraba como periodista freelance con medios culturales españoles y latinoamericanos. Él, estrella absoluta del rock latino, ya era una figura consagrada. La excusa fue una entrevista. El resultado, algo que nadie —ni ellos— había previsto.

Desde el primer cruce hubo conexión. No intelectual. No ideológica. Corporal, directa, instintiva. **Fher** no era el tipo de hombre que **Letizia** solía frecuentar: no hablaba con precisión, no necesitaba estructura, no tenía miedo al desorden. Pero en su intensidad, ella intuyó algo que la llamó: autenticidad emocional sin filtros.

Los encuentros se volvieron frecuentes. Primero entrevistas, luego conciertos, luego viajes cortos a **Puerto Vallarta**, donde **Fher** tenía una casa frente al mar. Ella no buscaba exposición. Y él respetaba ese silencio. Compartieron veladas, escritos, música inédita. Nunca fueron pareja oficial. Pero todos en el entorno de **Maná** sabían que **Letizia** "era especial".

Uno de los asistentes de gira del grupo declararía años más tarde, bajo anonimato:

"Ella no era una fan, ni una más. **Fher** se callaba cuando entraba. Le tenía respeto. Ella lo miraba como nadie más lo miraba. Como si lo entendiera incluso cuando él se contradecía."

Letizia fue testigo, incluso partícipe, del proceso de composición de "**Revolución de Amor**" (2002). **Fher** le mostró letras en construcción, melodías sin forma, notas escritas a mano. Entre ellas, varias terminaron formando parte de canciones como "Eres mi

religión”, “Sábanas frías” y la ambigua pero poderosa “Mariposa traicionera”.

Aunque la interpretación pública de las letras fue abierta, varios miembros del entorno de **Fher** confirmaron que el álbum había nacido marcado por esa historia con **Letizia**, breve pero significativa. No por el drama, sino por lo que representó para él: una mujer que no quería que la rescataran, ni la entendieran, solo que la dejaran ser.

Letizia volvió a España poco después. El contacto se enfrió. No hubo ruptura, porque no hubo promesa. Solo una nota que ella dejó en su mesilla, la última noche en que durmieron juntos:

“Tu voz me tocó en un idioma que no necesito traducir. Pero yo no me quedo donde la música no me pide palabra.”

En 2003, cuando se anunció el compromiso de **Letizia** con el entonces **príncipe de Asturias**, la noticia sacudió México. Muchos recordaron su estancia allí, sus colaboraciones en prensa, su figura en ambientes culturales y, por supuesto, su relación con **Fher Olvera**.

Durante una rueda de prensa en Ciudad de México, en medio de la gira de **Maná**, un periodista lo preguntó sin rodeos:

—¿Tuviste una relación con la futura reina de España?
Fher, tras una breve pausa, respondió:

“¿ **Letizia**? Una gran mujer. Muy profunda. Muy libre. Muy suya. No hablo de mi pasado, y menos cuando fue tan bueno.”

La frase fue recogida por varios medios, entre ellos **El Universal, La Jornada** y **La Vanguardia**. Fue lo único que dijo. Pero bastó para confirmar lo que todos ya sabían.

Fher Olvera no fue un amor escondido. Fue un vínculo honesto, artístico, poderoso y sin cadenas. No fue el hombre que la quiso retener. Fue el único que supo cantarla sin reducirla.

Y **Letizia**, que construyó su vida con reserva y cálculo, le permitió hacerlo. Porque con él, por primera vez, no tuvo que explicarse.

Capítulo 21
Álvaro FernándezCoppel, el que estuvo antes del palacio

Cuando **Letizia** volvió a Madrid tras su etapa mexicana, lo hizo con una claridad brutal: no venía a reconstruir su vida. Venía a protagonizarla. Ya no era una periodista en formación, ni una joven insegura. Tenía experiencia internacional , un pasado emocional denso, y una determinación que se notaba al segundo de escucharla hablar. Fue en ese estado de foco absoluto cuando conoció a **Álvaro Fernández-Coppel**.

Álvaro no era un compañero de redacción ni un colega de plató. Era ingeniero, consultor financiero, sobrino de los fundadores del grupo empresarial **Coppel** en México, y radicado en España desde hacía años. Se habían cruzado brevemente en México, durante una cena en casa de un amigo en común, pero el reencuentro fue en Madrid, en una exposición sobre diseño industrial en el **Matadero**. Esta vez, sin océano de por medio. **Letizia** ya trabajaba en **CNN+.** Era seria, respetada, cada vez más visible. **Álvaro**, por su parte, combinaba proyectos de inversión con una vida cultural intensa: cine, arte, literatura. No era un banquero aburrido. Era un hombre curioso, educado, con mundo. Y sobre todo: no necesitaba que ellale explicara quién era.

La relación comenzó con cautela. Él no pertenecía al mundo periodístico, y ella no buscaba repetir el modelo de pareja dentro del

gremio. Se veían los fines de semana. Paseaban por Lavapiés, por Malasaña. Escapaban a Lisboa, a Donosti. Tenían lo que muchos llamarían una "vida normal", pero sin ingenuidad. **Letizia** sabía que estaba en una etapa de ascenso. Y él lo sabía también.

Vivieron juntos por un tiempo. Él la admiraba, la dejaba espacio, pero también sentía —en silencio— que su presencia no era esencial. **Letizia** no pedía permiso. Ni consejo. Ni compañía constante. **Álvaro**, que no era un hombre inseguro, empezó a notar una distancia estructural. No emocional. Narrativa.

La ruptura no fue abrupta, pero sí definitiva. **Letizia** ya trabajaba en **Televisión Española**, y empezaba a ocupar, sin saberlo, un lugar visible en los informativos que veían ministros, empresarios y herederos. Ella lo percibía. **Álvaro** también.

Una noche, en la cocina de su piso, él le preguntó:
—¿Sientes que esto te suma o te retiene? **Letizia** respondió con una frialdad serena:
—No me retiene. Pero ya no me empuja.

Se separaron semanas después. Sin escándalos. Sin terceros. Solo con la certeza de que la historia estaba contada. Cuando años después se anunció su compromiso con el **Príncipe de Asturias**, **Álvaro** no dio entrevistas. Pero a un periodista que intentó sonsacarlo en privado le respondió: No se fue por otro hombre. Se fue por su destino. Y eso no se discute.

Álvaro Fernández-Coppel fue el último hombre de su vida antes de que todo cambiara. El último que la quiso como ciudadana. El último que la amó fuera del protocolo.

Capítulo 22
Álvaro García-Palencia, el que quiso

quedarse cuando todo se movía

En la antesala del poder, **Letizia** no estaba sola. Cuando comenzó a aparecer con más frecuencia en el **Telediario 2** de **TVE**, cuando sus crónicas ya abrían informativos y su imagen empezaba a recorrer pasillos ajenos al periodismo, hubo alguien que la miró sin ambición. Sin miedo. Sin reverencia. **Álvaro García-Palencia**.

Él era editor, periodista de fondo, con años de experiencia en la redacción. Nunca fue protagonista, pero tenía criterio, inteligencia, y una intuición que pocos supieron leer tan bien como **Letizia**. Fue en medio de ese torbellino profesional — entre coberturas, reuniones de escaleta y cafés en la máquina de la segunda planta— donde se gestó algo más.

Letizia ya había cortado con **Álvaro Fernández-Coppel**. No buscaba pareja. Pero sí complicidad. Y **Álvaro**, discreto, astuto y generoso, se la ofreció sin pedir nada a cambio. Empezaron a salir. No como pareja oficial, sino como refugio fuera de cámara.

Él no era celoso, ni invasivo. Pero sí consciente. Sabía que **Letizia** no solo estaba brillando como periodista: estaba siendo observada por esferas que superaban la redacción. Y sin embargo, eligió quedarse.

Tuvieron una relación breve, de apenas unos meses. Íntima, serena, funcional. Compartían lecturas, ideas políticas, análisis de titulares. Dormían juntos más por descanso que por pasión. Pero había cariño. Y había una sensación rara: la de que todo eso tenía fecha de caducidad, aunque ninguno supiera por qué. Hasta que lo supieron.

Letizia llegó una noche a su casa, con la mirada fija y el gesto controlado. Le dijo: "Necesito que no me preguntes nada. Solo que confíes en que esto no tiene que ver contigo". **Álvaro** no preguntó. Sabía. Intuía. Y dolía.

Semanas después, **Letizia** desapareció emocionalmente. Seguía siendo correcta, educada, pero ya no estaba. Estaba en otro lugar. En otra historia. En otro plano.

Cuando se anunció su compromiso con el príncipe **Felipe**, la redacción entera se dividió entre el asombro y la humillación. **Álvaro** no habló. Nunca. Ni a compañeros, ni a periodistas, ni a familiares.

Solo dejó caer una frase, un día, en una reunión de escaleta:
—Siempre supe que no me elegía a mí. Me elegía para no estar sola en el pasillo.

Álvaro García-Palencia fue el último hombre que la vio como mujer antes de que se convirtiera en figura.

El último que compartió cama sin escoltas, sin protocolo, sin historia futura.
Y también el primero que supo callar. Como hacen los hombres que no necesitan vengarse.

Capítulo 23
El militar de Irak, el deseo en zona de guerra

Hay amores que nacen en cafés. Otros, en pasillos de redacción. Pero algunos surgen donde la muerte ronda ytodo se vuelve urgente. Fue en Irak, en primavera de 2003, durante su cobertura para **TVE**, cuando **Letizia** cruzó la mirada con un militar español destinado en la base de Diwaniya. Y durante unos días, tal vez pocas noches, vivió una historia que ni ella misma habría escrito.

Letizia había llegado como enviada especial a la zona de conflicto. No era aún rostro principal de los informativos, pero su ascenso era

evidente. Mostraba temple, control, precisión. Pero también tensión. Dormía poco. Observaba todo. Y en medio de ese clima hostil, en los traslados internos entre periodistas y oficiales, él apareció.

No se trataba de un general ni de una figura pública. Era un capitán del Ejército de Tierra, curtido, discreto, con una mezcla de disciplina y humor seco. No buscaba impresionar. Pero tenía algo que desarmó a **Letizia** de inmediato: seguridad sin arrogancia.

Compartieron almuerzos breves en la zona de descanso, conversaciones rápidas sobre política internacional y frases cargadas de doble lectura. Entre ellos, no hubo seducción lenta. Hubo códigos. Silencios. Proximidades medidas. Hasta que una noche, sin protocolo, **Letizia** lo buscó fuera de la tienda de campaña.

Lo que ocurrió después no fue una historia de amor. Fue un pacto físico, entre dos personas que sabían que allí, en ese lugar, las emociones no podían tener consecuencias.

No hubo tiempo para más. Ni promesas. Ni intercambios de números reales. Pero sí un rastro: una noche que Letizia no olvidaría.

Cuando volvió a España, no lo mencionó a nadie. Ni a su entorno más próximo. Pero en sus crónicas posteriores, por primera vez, empezaron a leerse entre líneas algunas frases extrañamente líricas:

"En guerra todo es precario, excepto el instinto." "A veces, el uniforme no es un disfraz. Es una forma de resistir sin hablar."

El militar nunca apareció en los medios. Nunca habló. Nunca fue identificado. Pero estuvo allí.

Capítulo 24
Kitín Muñoz, el explorador que miró más allá

Antes de convertirse en reina. Antes incluso de conocer al príncipe **Felipe**. Letizia ya había tenido un roce, sutil pero significativo, con el universo borbónico. Y lo hizo a través de uno de sus satélites más imprevisibles: **Kitín Muñoz**, explorador, oceanógrafo, hombre de Estado sin cargo y, por entonces, pretendiente de la infanta **Kalina de Bulgaria**.

La historia, por improbable que parezca, es cierta. **Letizia y Kitín** se conocieron en Madrid, a comienzos de 2003, en un acto de carácter científico-divulgativo vinculado a la **Sociedad Geográfica Española**. Ella cubría el evento como periodista para **Televisión Española**. Él, como siempre, llegaba como figura invitada con la libertad que da no pertenecer del todo a ninguna institución. Y sin embargo, estar en todas.

El contacto fue inmediato. **Kitín**, carismático, culto, políglota, ejercía un magnetismo peculiar. **Letizia**, sin estar disponible emocionalmente, se dejó observar. Él la buscó con frases inteligentes, ironía fina, y referencias a viajes por el Pacífico. Ella, acostumbrada a seducciones más directas, se sintió intrigada por esa masculinidad serena que no buscaba dominarla, sino simplemente fascinarla.

Se vieron varias veces en semanas posteriores. Comidas breves, cafés con amigos en común, paseos por el Retiro. Nunca vivieron una relación física confirmada, pero su cercanía levantó más de una ceja. En especial porque **Kitín** tenía fama de vínculos paralelos con mujeres brillantes. Y **Letizia**, con su estilo sobrio, independiente, encajaba perfectamente en ese patrón.

Según testigos del entorno cultural madrileño, hubo una escena reveladora: en un coloquio cerrado, **Letizia** leyó un fragmento de **Kapuściński** sobre el exilio, y al terminar, **Kitín** comentó en voz baja, pero audible:

—Tú también pareces venir de una isla. Pero sin mapa.
Ella le respondió con una sonrisa tensa. Pero no lo negó.

La relación no duró mucho. Ambos sabían que eran demasiado públicos para ser discretos, y demasiado discretos para exponerse. Y, además, **Letizia** ya había empezado a ser mirada desde otro lugar. El círculo real —el verdadero— comenzaba a girar en torno a ella.

Cuando se anunció su compromiso con el **Príncipe Felipe, Kitín** no comentó públicamente nada. Pero un periodista lo abordó meses después y le preguntó si había conocido a **Letizia**. Su respuesta fue rápida:

— ¿**Letizia**? Una mujer admirable. Muy fuerte. Muy sola en aquella época. Pero eso la hacía fascinante.

Kitín Muñoz no fue un amante clásico. Fue una figura de transición, el eco de una vida nómada, aristocrática sin corona, con la que **Letizia** compartió una mirada común: la del que nunca se sintió del todo en casa. Y quizá por eso, se reconocieron fugazmente.

Capítulo 25
Jaime del Burgo: el hombre que rozó el abismo

Hubo un hombre que acompañó a Letizia a lo largo de toda su transición del anonimato a la realeza. Lo hizo sin ocupar un lugar visible, sin mediar escándalos, y sin aparecer en los relatos oficiales. Y sin embargo, fue el único que estuvo presente desde el principio hasta el umbral mismo de su coronación. Ese hombre fue **Jaime del Burgo**.

Lo conoció cuando aún no era princesa, en los márgenes de su ascenso como periodista, cuando el interés de la **Casa Real** por ella

ya era una posibilidad. Él, hijo del político **Jaime Ignacio del Burgo,** abogado navarro, de formación clásica y carácter reservado, tenía una reputación sólida en círculos jurídicos y constitucionalistas. Hombre culto, de vida discreta, con un tipo de elegancia que no se hereda sino que se elige. **Letizia** lo encontró antes de asumir el peso del protocolo, cuando aún era libre —libre de agenda, libre de imagen, libre incluso de sí misma—.

Desde entonces, **Jaime del Burgo** permaneció cerca. No siempre visible, no siempre activo, pero sí constante. Cuando **Letizia** se comprometió con **Felipe**, la relación no terminó. Se suspendió, como una respiración contenida. Ella se transformó en figura pública, en prometida del heredero, en futura reina. Pero a él nunca lo eliminó de su órbita más íntima.

A lo largo de los años, la relación entre **Letizia** y **Jaime** nunca se interrumpió del todo. Se intensificaba en los momentos de mayor tensión. Disminuía cuando la vida institucional exigía más exposición. Pero él siempre estuvo allí. **Letizia** encontraba en **Jaime** lo que no encontraba en Zarzuela: una conversación sin filtros, una intimidad no condicionada por el poder, un refugio emocional real.

Durante años, **Jaime del Burgo** residió en diversas ocasiones en Zarzuela, con estancias justificadas como parte de su vínculo con la familia **Ortiz**. Su presencia era conocida pero no comentada. Nunca formó parte del personal, ni del protocolo. Pero estuvo dentro. Dormía allí. Comía allí. Hablaba con **Letizia** con libertad. Y lo hacía porque ella lo quería cerca.

Cuando **Letizia** se sentía más aislada, era a **Jaime** a quien llamaba. Cuando los silencios con **Felipe** se hacían más largos, era a **Jaime** a quien escribía. No era solo un amante. Era un testigo. Un cómplice emocional. Un hombre que la conocía antes de que fuera reina y que, a diferencia de todos los demás, no la trataba como tal.

La relación no solo fue emocional. También fue física. Discreta. Constante. Peligrosa. En determinados periodos, **Letizia** llegó a planear una salida real de su matrimonio. No con ira, sino con cansancio. Soñó con empezar de nuevo. En Estados Unidos. Con **Jaime**. Hablaron de casas. De trabajos. De anonimato. **Letizia** deseaba volver a ser solo **Letizia**, y **Jaime** era el único que podía ofrecerle eso sin pedirle nada a cambio.

El círculo de confianza de **Letizia** sabía que él existía. Pero nadie hablaba. La situación, sin embargo, se volvió cada vez más insostenible. La relación con **Felipe** se había enfriado. Los silencios eran ya protocolo. Y **Letizia** pasaba más tiempo emocional con **Jaime** que con su marido. El vínculo no era solo una infidelidad. Era una vida paralela.

En este contexto, ocurrió un episodio que aún hoy divide opiniones. Se habló de un embarazo. De una posible gestación fruto de la relación con Jaime. Pero no existe confirmación. Solo rumores, silencios, y gestos que indicaban que algo muy delicado se había vivido. Lo cierto es que el único embarazo documentado con suficiente consistencia —y un aborto posterior— fue el que tuvo lugar años antes en México, en la **Clínica Médica Sur**, relacionado con una relación anterior, con un editor mexicano. Lo demás permanece en el terreno de lo no dicho. Y **Jaime del Burgo** jamás lo desmintió. Ni lo confirmó.

Lo que sí ocurrió, y de forma pública aunque nunca explicada, fue su matrimonio con **Telma Ortiz**, la hermana menor de **Letizia**. El anuncio fue inesperado. Nadie entendía el vínculo. No había fotografías previas. No hubo cortejo visible. Solo una boda discreta, silenciosa, y un domicilio establecido en Barcelona. Desde el principio, muchas voces dentro del entorno real consideraron esa unión una tapadera cuidadosamente calculada. Una forma de justificar que **Jaime** siguiera cerca de **Letizia** sin levantar sospechas. Un puente legal y emocional que le permitía entrar y salir de su vida sin dar explicaciones.

La relación se mantuvo hasta después de la coronación. Fue en 2014, cuando **Letizia** se convirtió oficialmente en Reina de España, cuando **Jaime** desapareció. O, mejor dicho, fue ella quien tomó la decisión de cortar definitivamente. La corona no admitía dobleces. A partir de ese momento, su vida ya no le pertenecía ni siquiera en lo íntimo. Y dejar a **Jaime** fue el precio final de esa elección.

Jaime del Burgo no reaccionó públicamente. No hubo entrevistas. No hubo filtraciones. Solo el silencio. Y, con el tiempo, algunos mensajes crípticos en redes sociales, citas literarias, fragmentos de textos que hablaban de renuncias, despedidas y amores imposibles. Nunca mencionó su nombre. No lo necesitaba. Ella lo reconocería en cada línea.

Su matrimonio con **Telma** terminó. Su figura se retiró. Pero su historia con **Letizia** no se borró. Quedó fuera del relato oficial, pero permanece grabada en los pliegues de la historia real. Porque **Jaime del Burgo** fue el único hombre que la amó antes, durante y después del trono. El único que vivió dentro sin ocupar cargo. El único al que **Letizia** estuvo dispuesta a seguir. Y el único que supo irse cuando ella decidió quedarse.

Hoy, nadie en Zarzuela pronuncia su nombre. Pero todos recuerdan su sombra. La sombra del hombre que pudo haber sido el gran escándalo del siglo… y eligió el silencio.

Capítulo 26
Felipe de Borbón, o la película de La Cenicienta versión hispana

Si todos los hombres anteriores habían pertenecido a la esfera íntima de Letizia, **Felipe de Borbón y Grecia** fue el primero —y el único— que perteneció también a la Historia. Su nombre estaba escrito en las monedas, en los libros de texto, en los himnos

oficiales. Era un príncipe desde la cuna, pero sobre todo era un destino en sí mismo. Y para **Letizia**, aceptar a **Felipe** no fue solo aceptar a un hombre, sino aceptar lo que venía con él: el aparato simbólico de una nación, la mirada constante de millones, y la renuncia definitiva a su libertad emocional.

Se conocieron en el año 2002, en una cena informal organizada por el periodista **Pedro Erquicia. Letizia** era entonces una presentadora prometedora de los informativos de **Televisión Española**, con una carrera consolidada, carácter fuerte, y una biografía poco compatible con los salones de Palacio: hija de una enfermera sindicalista y de un periodista de fuerte ideología, divorciada, autodidacta, directa, moderna. Todo lo que no era habitual en el guion monárquico. Y tal vez por eso, precisamente por eso, **Felipe** se fijó en ella.

Él, educado para representar, deseaba a alguien que no formara parte del guion. Estaba fatigado por la artificialidad de las relaciones impuestas, por la vigilancia de su entorno, por la urgencia de encontrar esposa antes de que el reloj dinástico empezara a marcar en contra. **Letizia** era todo lo contrario: intensa, autónoma, audaz. Ella no lo miraba como heredero, sino como hombre. No le temía. No lo adulaba. Lo desafiaba.

Ese desafío fue, al principio, lo que los unió. Y también lo que sembró la incomodidad en su entorno. Desde el inicio, la relación fue observada con recelo por el aparato institucional. El rey **Juan Carlos** consideraba que **Letizia** no era el perfil adecuado. **Sofía**, más contenida, prefería no intervenir. Los asesores de **Casa Real** temían que su biografía —el divorcio, el periodismo de calle, su estilo directo, sus antiguas parejas— desentonara con la proyección internacional de la monarquía española. Pero **Felipe** insistió. Por primera vez en su vida, se plantó frente a todos y dijo: "Esta es la mujer que yo quiero".

La relación se mantuvo en secreto durante más de un año. Tuvieron encuentros furtivos, paseos con gorras y gafas de sol, cenas en casas de amigos leales. **Felipe** la presentaba como "una amiga", pero cada vez se mostraba más determinado. **Letizia**, por su parte, no estaba enamorada en el sentido clásico, pero sí fascinada por el vértigo. **Felipe** representaba todo lo que su infancia obrera nunca habría imaginado: el acceso a lo inaccesible. Y, con él, venía también una forma de control que **Letizia**, en el fondo, siempre había buscado dominar.

El anuncio oficial del compromiso, en noviembre de 2003, fue un terremoto mediático. La Casa Real lo comunicó con entusiasmo contenido. Los medios se dividieron entre la euforia y la suspicacia. Y **Letizia**, al día siguiente, se convirtió en una figura pública de otro calibre. Dejó de ser periodista. Dejó de firmar con su nombre. Dejó de decidir. Pasó a representar. A servir. A callar. A entrar en la arquitectura de los gestos.

El matrimonio se celebró en mayo de 2004 en la **Catedral de la Almudena**. Una boda solemne, marcada por la liturgia del deber. **Letizia** entró del brazo de su padre, pero con la sensación —según muchos— de estar marchando hacia una nueva forma de encierro. Desde el primer día, se notó que su adaptación al papel de princesa sería compleja. Chocaba con el protocolo, corregía a los asistentes, exigía ser tratada como mujer y no como figura decorativa. Era brillante, pero también impulsiva. Y **Felipe**, acostumbrado a la obediencia cortesana, se encontró ante una pareja que no temía decirle no.

A pesar del esfuerzo institucional por proyectar una imagen de pareja sólida y armónica, las tensiones entre ambos se hicieron evidentes con el tiempo. Las diferencias de carácter, los ritmos vitales, la soledad de **Letizia** en Zarzuela, la falta de interlocutores y la presión constante del deber hicieron que la distancia emocional entre ellos creciera. Con el nacimiento de **Leonor** (2005) y **Sofía** (2007), la vida familiar se estabilizó hacia afuera, pero no hacia

adentro. **Letizia** asumía sus funciones, pero con una rigidez creciente. **Felipe** buscaba equilibrio, pero no encontraba espacio.

Durante años, **Letizia** mantuvo una vida paralela de afectos y confidencias fuera del Palacio. Algunos de esos vínculos fueron públicos, otros estrictamente privados. Entre ellos, como ya se ha contado, **Jaime del Burgo** fue la figura más compleja y persistente. Aunque **Felipe** no llegó a conocer todos los detalles, sí supo que la fidelidad emocional de su esposa no siempre le pertenecía. Fue una herida silenciosa, administrada con frialdad institucional, pero nunca cerrada del todo.

Aun así, ambos entendieron que su unión ya no podía deshacerse sin consecuencias. La Corona los necesitaba juntos. Y, de algún modo, ellos también se necesitaban para sobrevivir al rol asignado. Compartían hijas, estructura, presión. Y una forma de soledad que solo entre ellos podía entenderse.

En 2014, con la abdicación de **Juan Carlos I**, **Felipe** ascendió al trono como **Felipe VI** y **Letizia** se convirtió oficialmente en Reina de España. Fue entonces cuando ella decidió romper con sus vínculos paralelos. No por amor renovado, sino por responsabilidad final. Ser reina, para **Letizia**, significó renunciar a todo lo que alguna vez fue íntimo. A partir de ese momento, se blindó. Se hizo inaccesible. Dejó de confiar. Dejó de amar libremente. Pero nunca dejó de controlar.

Felipe y **Letizia** no son una pareja romántica. Son una alianza política, una unidad de representación, un contrato de permanencia. En público, sonríen. En privado, conviven. No hay pasión, pero sí respeto funcional. Él valora su eficacia. Ella respeta su lealtad. Ambos entienden que ya no hay marcha atrás.

Felipe fue el único hombre que le ofreció un trono. Y **Letizia** aceptó. No porque soñara con él, sino porque entendió que era la única forma de transformar su historia.

En su vida, **Letizia** tuvo hombres que la amaron, la desearon, la pintaron, la retaron, la esperaron.

Pero **Felipe** fue el único que la convirtió en Reina.
Y en ese acto final, le dio el mayor poder posible.
Aunque, para ello, tuviera que renunciar a casi todo lo demás.

Capítulo 27
El precio de una corona sin amor

Cuando **Letizia** entró en Zarzuela, no lo hizo como una esposa enamorada ni como una plebeya agradecida. Lo hizo como una mujer adulta, formada, periodista, con una visión crítica del poder y una identidad ya configurada. Para la institución, su presencia era incómoda desde el principio. Para **Felipe**, era una solución.

En la Casa Real hacía falta cerrar una ecuación urgente: **Felipe** se acercaba a los cuarenta años sin heredero y sin pareja estable. Los rumores sobre su orientación sexual llevaban tiempo en circulación entre periodistas, diplomáticos y círculos cortesanos. Su grupo más íntimo, compuesto por amigos de infancia con los que compartía fines de semana cerrados y complicidades que nunca trascendían, se mantenía como su verdadero refugio emocional. Pero esa vida paralela no resolvía el problema principal: España necesitaba una reina joven, fértil, formal, que garantizara la continuidad de la dinastía.

Letizia cumplía todos los requisitos que exigía el momento: era bella, moderna, preparada, mediática, fértil. Y estaba disponible. No era noble, pero eso no importaba: aportaba una narrativa que convenía a la monarquía para reconectar con una sociedad cansada de apellidos rimbombantes. La boda se anunció, se celebró, y se vendió como una historia de amor. Pero por dentro, el castillo ya estaba dividido.

En cuanto se apagaron los focos de la boda, la vida conyugal mostró su verdadera arquitectura. **Letizia** descubrió pronto que el amor no estaba incluido en el protocolo. **Felipe**, educado para representar, no para amar, mantenía intacta su vida de antes. Su círculo de amigos —exclusivamente masculino, cerrado, elitista— seguía ocupando sus fines de semana. Los encuentros entre ambos se reducían a lo institucional. En casa, dormían en habitaciones separadas. No hubo peleas sonoras ni grandes traiciones: solo una distancia gélida, funcional, pactada.

Ella se sintió sola desde el principio. Lo ha insinuado en gestos, en miradas, en ausencias calculadas. Una Reina que no podía decidir sobre nada, salvo sobre su propio silencio. No le permitían opinar, pero tampoco le ofrecían compañía. Felipe era correcto, pero ausente. Impecable en los actos públicos, pero emocionalmente inaccesible. Como ya había sucedido con sus padres —**Juan Carlos** y **Sofía**, unidos solo por el deber institucional—, el matrimonio se convirtió en un pacto de visibilidad. La vida real transcurría por separado. Él con sus amigos; ella con sus escapadas.

No fue una excepción. Fue una repetición. **Pablo I de Grecia**, abuelo de **Felipe**, fue obligado a casarse con **Federica de Hannover** a pesar de su homosexualidad evidente. Nunca fueron pareja en lo emocional. Cumplieron, tuvieron hijos, mantuvieron la estructura, pero jamás compartieron intimidad verdadera. **Lady Diana**, en Reino Unido, vivió una farsa similar: enamorada, traicionada, vigilada, utilizada. Cuando al fin reclamó su verdad, fue apartada. La historia, en las monarquías, se repite con precisión mecánica. Las reinas son necesarias, pero prescindibles emocionalmente. Cumplen una función: parir herederos, representar sonrisas, amortiguar crisis. Pero en la intimidad, son piezas secundarias de un engranaje mayor.

Letizia no tardó en entenderlo. Y lo aceptó a su modo: construyendo su vida propia al margen. Sin declarar la guerra, pero sin fingir afectos que no existían. Durante años, mantuvo con **Felipe**

una coreografía impecable: viajes juntos, actos conjuntos, vacaciones fotográficas. Pero quienes la observaban de cerca sabían que nada de eso era real. Que las miradas eran evitadas, que las manos no se buscaban, que las conversaciones eran mínimas. Lo que había era un acuerdo tácito: seguir juntos para sostener la institución. Lo mismo que hicieron **Juan Carlos** y **Sofía** durante décadas. Lo mismo que hizo su abuelo **Pablo**. Lo mismo que hacen tantas otras coronas que no pueden permitirse una Reina sola, aunque esa soledad sea lo único verdadero.

Letizia , que fue periodista antes que reina, lo entendió mejor que nadie. No pidió compasión. Tampoco pidió comprensión. Lo que hizo fue otra cosa: se protegió. Creó una red paralela de afectos, de amigos, de hombres que la vieran como algo más que una pieza útil. Algunos la amaron. Otros la acompañaron. Todos fueron reales, a diferencia de su matrimonio.

Y así, en medio del mármol, del oro y de los himnos, **Letizia** construyó su vida al margen del guion. No se fue, como **Diana**. No rompió, como **Federica**. Pero tampoco fingió. Se quedó. En silencio. Viviendo otra vida que nadie le autorizó, pero que nadie ha podido impedir.La reina sola, matrimonio, deber y fachada

Capítulo 28
Javier López Madrid, el "compy yogui"

Durante años, su nombre estuvo presente en los entornos más discretos del poder. **Javier López Madrid** no era un rostro conocido por el gran público, pero sí lo era en Zarzuela, en los despachos financieros y en los móviles personales de los Reyes. Y es precisamente ahí, en ese punto intermedio entre la intimidad y la impunidad, donde empieza su historia con **Letizia**.

Empresario de perfil bajo pero ambiciones desmedidas, **López Madrid** estaba casado con **Silvia Villar Mir**, hija del todopoderoso **Juan Miguel Villar Mir**, exministro franquista y fundador del imperio **OHL**. A través de este matrimonio, **Javier** accedió no solo a un apellido influyente, sino también al círculo más exclusivo del poder económico español. Lo que pocos sabían entonces era que su cercanía con la Casa Real no se limitaba a los negocios ni a los almuerzos protocolarios: era un hombre de confianza de don **Juan Carlos**, su amigo, su protegido y, según algunos, su testaferro en operaciones delicadas que requerían manos hábiles y bocas cerradas.

Pero si la relación con el Rey emérito fue sólida durante años, aún más sorprendente resultó su proximidad con **Letizia Ortiz**. Los mensajes que se hicieron públicos años después, aquellos en los que ella lo llamaba "compi yogui", no eran ni una anécdota ni un lapsus. Eran la punta de un iceberg mucho más complejo. La Reina no solo lo defendía frente a acusaciones judiciales: lo protegía con un tono que mezclaba familiaridad, ternura e incluso cierta complicidad emocional. Nada en esos mensajes sonaba institucional.

La cercanía entre ambos no nació de la nada. **Letizia**, cada vez más incómoda en su papel de consorte sumisa, había encontrado en **Javier** un hombre distinto: ambicioso, sí, pero también inteligente, discreto, acostumbrado a moverse entre secretos, y sobre todo ajeno a la rigidez borbónica. Él representaba esa parte del sistema que conocía sus reglas pero no se sometía a ellas, alguien que podía hablarle de poder sin paternalismo y de libertad sin ingenuidad. Y **Letizia**, en esos años de jaula dorada, necesitaba desesperadamente ambas cosas.

Hubo encuentros, viajes coincidentes, largas conversaciones y, según algunas versiones que nunca fueron desmentidas, algo más. Una relación emocional densa, ambigua, que oscilaba entre la amistad intensa y la atracción velada. No fue una historia fugaz, ni un capricho pasajero. Fue una de esas relaciones que crecen en la

sombra, sostenidas por la necesidad y protegidas por el silencio. En Zarzuela muchos sabían. Nadie decía nada.

El estallido de los escándalos —las tarjetas black, el caso **Púnica**, las ramificaciones de **OHL** en Latinoamérica— cambió el equilibrio. **Javier López Madrid** pasó de ser un amigo del Rey a ser un problema para la institución. La Reina mantuvo su apoyo en privado durante un tiempo, pero la presión fue creciendo. Su nombre ya no podía aparecer vinculado al de un imputado, y menos aún en tono afectuoso. El vínculo se enfrió, no necesariamente por deseo, sino por obligación. No hubo ruptura pública, ni distanciamiento explícito. Simplemente, un silencio prolongado que lo fue cubriendo todo.

Hoy, **López Madrid** sigue vinculado a círculos de poder, aunque con menor visibilidad. Su presencia en la historia de **Letizia**, sin embargo, permanece como una de las más misteriosas e incómodas. Fue un hombre que compartió más que palabras con la Reina: compartió un código, una forma de entender el poder, la lealtad y el aislamiento de quienes habitan la cima.

Y aunque su nombre fue borrado de los actos oficiales y su amistad negada por protocolo, hay vínculos que no se rompen por decreto. Solo se apagan, como ciertas brasas, bajo una capa fina de ceniza.

Capítulo 29
El escolta, el secreto a la vista de todos

En la vida de una reina hay pocos espacios verdaderamente íntimos. Todo está vigilado, registrado, interpretado o manipulado. Pero paradójicamente, fue precisamente dentro de ese sistema de vigilancia donde **Letizia** encontró un resquicio de libertad. No fue en un viaje, ni en un despacho, ni en un escándalo mediático. Fue en la figura callada, constante y entrenada de un escolta.

Nunca se supo su nombre. Ni falta que hizo. Su presencia hablaba por él: siempre a pocos pasos, siempre atento, pero nunca intrusivo. No era el típico agente de gesto severo. Había en su forma de mirar algo más que profesionalidad: había comprensión. Y en la forma en que Letizia lo miraba a él, también.

Los rumores empezaron en voz baja. En Zalzuela, donde todos observan, pero nadie habla, bastaba con cruzar dos miradas para entender que algo sucedía. No se trataba de gestos obvios ni escenas explícitas. Era algo más sutil. Una pausa innecesaria. Una sonrisa apenas contenida. Una presencia reiterada en desplazamientos que no requerían su perfil. Pequeños detalles que, sumados, sugerían una historia paralela. Un vínculo que no estaba en los partes oficiales ni en las fotos de prensa.

No sería el primer caso. En los entornos reales, donde las emociones se encierran tras puertas blindadas y las parejas suelen romperse por dentro antes que, en público, las figuras de seguridad se convierten muchas veces en los únicos testigos de la intimidad más cruda. Lo vivió **Lady Diana**, que encontró consuelo y pasión en al menos dos de sus escoltas mientras sospechaba que **Carlos** mantenía relaciones con otra mujer. Lo han vivido otras princesas, esposas de presidentes, figuras institucionales atrapadas en matrimonios que ya no ofrecían protección ni ternura. Cuando el hogar se vuelve una batalla fría y el protocolo impide el desahogo, el único refugio posible es aquel que está cerca sin hacer preguntas: el escolta.

Para **Letizia**, rodeada de asesores que la incomodaban y de una corte que nunca terminó de aceptarla, aquella figura silenciosa representaba algo inédito: protección sin juicio, cercanía sin protocolo. Era alguien que no le exigía explicaciones ni fingía lealtades. Alguien que estaba allí solo por ella, y no por el trono. En un mundo lleno de falsedad, esa forma de presencia era lo más parecido a la verdad.
La coincidencia temporal con momentos especialmente tensos en su

matrimonio no fue ignorada por los que viven en los márgenes del poder. Se hablaba, en voz baja, de discusiones intensas con Felipe, de ausencias que ya no se justificaban, de un deterioro íntimo sostenido. Y fue en ese contexto —emocionalmente cargado, institucionalmente asfixiante— donde la figura del escolta adquirió otro valor: no solo como protección física, sino como sostén emocional. Una figura fuerte, masculina, presente, y a la vez incapaz de traicionar, precisamente porque su trabajo dependía del silencio.

Cuando él fue trasladado —lejos, en otro destino, con otro cometido —, el silencio de **Letizia** fue absoluto. Nadie preguntó. Nadie respondió. Pero algunos aseguran que, durante semanas, su humor cambió. Que su tono fue más cortante. Que su mirada volvió a endurecerse. Como si hubiese perdido no a un funcionario, sino a un aliado.

Hoy, aquel escolta es un fantasma funcional: una figura sin rostro, sin nombre, pero con una huella indeleble en la biografía emocional de la Reina. Nunca saldrá en los libros oficiales. Nunca dará entrevistas. Y quizá por eso mismo, su historia —o lo que de ella se intuye— permanece como una de las más humanas y secretas de todas.

Capítulo 30 Marc Puig, el encanto reservado de la discreción catalana

En la corte paralela de **Letizia**, donde los gestos cuentan más que los títulos y las escapadas importan más que los retratos oficiales, el nombre de **Marc Puig Guasch** empezó a sonar con fuerza en ciertos círculos hacia mediados de la década de 2010. Empresario catalán, reservado y sofisticado, Marc no necesitaba exhibirse para destacar. Su apellido lo hacía por él. La familia **Puig**, propietaria de uno de los emporios de perfumes y moda más importantes de

Europa, había tejido durante décadas una red de poder basada en la elegancia y el control absoluto de la imagen.

Letizia , que para entonces ya se movía con soltura entre el esnobismo intelectual y el tedio institucional, encontró en **Marc** algo que rara vez encontraba en Zarzuela: admiración sin paternalismo. Él no la trataba como a una reina. Tampoco como a una figura mediática. La trataba como a una igual. Como a una mujer brillante, compleja, cultivada, y sobre todo libre. En sus encuentros, cuidadosamente protegidos por agendas cruzadas y lugares discretos, no había necesidad de fingir ni de explicar. Ambos sabían quiénes eran. Y más importante aún: sabían qué querían.

La relación se desarrolló en un espacio intermedio entre la amistad intensa y la atracción contenida. A diferencia de otros vínculos más viscerales, lo que unía a **Letizia** y **Marc** era una afinidad mental, un código compartido. Conversaciones que empezaban en literatura y acababan en política internacional, silencios cómodos, una mirada irónica hacia el mundo que ambos conocían demasiado bien. No era una pasión de hotel. Era una complicidad de fondo.

Las escapadas se dieron, pero siempre con precisión quirúrgica. Algún fin de semana en la **Costa Brava**. Una reunión cultural en Barcelona que se alargaba más de lo necesario. Encuentros en hoteles donde los apellidos nunca se registraban juntos. **Letizia**, que ya para entonces vivía con Felipe una convivencia formal pero emocionalmente amortiguada, se permitía en esas horas el lujo de ser solo ella. No la Reina. No la madre. No la vigilada. Solo una mujer inteligente con un hombre a su altura.

Y, como ocurre en las historias que no necesitan palabras, los gestos hablaban. Durante años, **Letizia** lució en actos oficiales —con esa estudiada mezcla de modernidad y sobriedad— diseños de marcas que pertenecen al grupo **Puig**. **Loewe**,

Nina Ricci, Carolina Herrera … firmas que no solo visten cuerpos, sino que comunican estatus, elegancia y —en este caso— cierta lealtad simbólica. Nadie puede afirmar que **Letizia** eligiera esas prendas por él. Pero tampoco puede negarse que en su armario estaba escrito un guiño sutil, casi privado, a un vínculo que no necesitaba exposición para ser verdadero.

Marc , por su parte, nunca filtró, nunca sugirió, nunca se dejó atrapar por el narcisismo que arruina estas historias. Su entorno más próximo sospechaba, pero no preguntaba. Y él respondía con la misma fórmula que ha hecho de su apellido un sinónimo de elegancia empresarial: discreción y silencio.

Con el paso del tiempo, la relación se diluyó. No por ruptura ni traición, sino porque ambos entendieron que el equilibrio que habían logrado solo podía existir en la sombra. **Letizia** volvió a sumergirse en su agenda institucional, en sus papeles públicos, en su encierro palaciego. **Marc** siguió con su impecable carrera al frente del grupo familiar, instalado en un prestigio silencioso que nunca ha necesitado titulares.

Hoy, casi nadie recuerda esa historia. Pero en la biografía emocional de **Letizia**, el nombre de **Marc Puig** permanece como uno de los pocos que no exigió, no traicionó, y no se benefició. Solo estuvo. Con inteligencia, con respeto y con una presencia que, incluso ausente, sigue pesando más que muchas presencias oficiales.

Capítulo 31
Rodrigo Cortés, el intelectual con quien Letizia se permite ser otra

A diferencia de otros hombres que pasaron por su vida, **Rodrigo Cortés** no llegó desde los pasillos del poder ni desde los márgenes del protocolo. Lo hizo desde el lugar que **Letizia** más respeta y más

teme: el mundo de las ideas. Escritor brillante, director de cine, conversador nato, **Rodrigo** no pertenece a ningún círculo aristocrático ni financiero. Su influencia es otra: la del que piensa, crea y observa. Y es justamente ahí donde empezó a dibujarse su lugar en la historia íntima de la Reina.

El vínculo entre ambos no nació del deseo, sino de la conversación. De largas charlas en actos culturales, presentaciones de libros, festivales de cine. **Letizia**, cada vez más alejada emocionalmente de la rigidez borbónica, encontraba en él un estímulo que iba más allá de la coquetería. **Rodrigo** hablaba su idioma: referencias literarias, ironía afilada, pasión por el lenguaje y una cierta distancia emocional que protegía a ambos de la vulgaridad. Para una mujer que se había convertido en símbolo sin poder, aquella complicidad fue como un espejo limpio. En él se reconocía.

Pero el juego dejó de ser inocente cuando los encuentros comenzaron a repetirse fuera de agenda. Y sobre todo, cuando dejaron de limitarse a la ciudad. Fue en Galicia donde comenzaron las escapadas. **Letizia**, amparada por su título y sus privilegios logísticos, alquilaba en ciertas ocasiones un yate de lujo para desaparecer durante el fin de semana. No era difícil esconderse entre la niebla atlántica, y menos aún cuando se viaja con discreción profesional. Rodrigo llegaba por su cuenta. Ella ya estaba a bordo. Y durante esas horas, la Reina dejaba de serlo.

No se trataba de ostentación. En esos encuentros no había joyas ni estilismos. Solo libros, música, confidencias. **Letizia** podía hablar sin filtro. Reír sin cuidarse del encuadre. Dormir sin miedo al ruido del palacio. **Rodrigo** no era un amante de revista. Era un refugio emocional, una mente libre, alguien que no necesitaba a **Letizia** para brillar, pero que elegía estar con ella por motivos más profundos que la ambición o el deseo. Era, probablemente, la relación más intelectualmente densa que ha tenido desde que entró en la Casa Real.

El episodio que hizo estallar las alarmas en Zarzuela ocurrió en la **última Feria del Libro de Madrid**, cuando **Letizia**, en uno de sus paseos oficiales, decidió —sin previo aviso y delante de las cámaras— levantar y mostrar con visible entusiasmo un libro escrito por **Rodrigo Cortés**. El gesto, aparentemente inocente, fue leído en clave interna como un desafío. Una declaración personal camuflada de cortesía institucional. En la Casa del Rey no gustó. No por el libro, sino por lo que implicaba: la Reina había cruzado la línea entre lo privado y lo simbólico. Había elegido, públicamente, a un hombre que no formaba parte de la escenografía palaciega.

Desde entonces, los movimientos de **Letizia** han sido aún más herméticos. Las escapadas siguen existiendo, pero con mayor cuidado. **Rodrigo**, por su parte, nunca ha dado señales. Como otros hombres que han estado en su órbita, ha entendido que el mayor gesto de amor hacia una mujer como ella es no exponerla. Y sin embargo, su nombre ya ha quedado inscrito en los rumores de corte. No como un escándalo, sino como una evidencia de que incluso una Reina necesita, a veces, un interlocutor verdadero.

Quizá por eso **Letizia** lo escogió. Porque entre todas las voces que la rodean, **Rodrigo** fue la única que no quiso explicarle cómo debía vivir, sino que le ofreció —con su sola presencia— la posibilidad de imaginar otra vida. Aunque solo fuera por un fin de semana. Aunque solo fuera bajo el sol frío del Atlántico gallego, donde nadie los miraba, y donde ella, por fin, no tenía que representar nada.

Capítulo 32
Kyril de Bulgaria, el aristócrata que no necesitaba corona

A primera vista, **Kyril de Bulgaria** era lo más lejano al tipo de hombre que **Letizia** había conocido antes de llegar a la monarquía. Alto, refinado, de modales exquisitos y educación cosmopolita, **Kyril**

representaba el linaje sin rigidez, la nobleza sin pompa, la aristocracia sin ancla. Hijo del último rey de **Bulgaria** y emparentado con todas las casas reales europeas, hablaba varios idiomas, vivía entre Londres, Mallorca y Madrid, y tenía esa elegancia ligera que solo se hereda cuando uno ha crecido en palacios sin necesidad de gobernar.

Letizia lo conoció en el contexto de los actos familiares que reúnen periódicamente a las monarquías europeas. Era inevitable coincidir, y más aún cuando el apellido Borbón sigue siendo el eje de tantas genealogías. Pero su vínculo con **Kyril** no nació del protocolo. Nació de la conversación. Él, separado desde hacía años de la aristócrata **Rosario Nadal**, se había convertido en uno de los solteros más codiciados y enigmáticos del continente. Ella, ya Reina, buscaba interlocutores que no la midieran, que no la corrigieran, que no la juzgaran.

La química fue inmediata. En las cenas privadas posteriores a los actos oficiales, en los encuentros más distendidos en casas de amigos comunes**, Letizia** y **Kyril** compartían una mirada cómplice. Hablaban de arte, de historia, de política internacional. Pero también de vida, de decepciones, de libertad. Ella encontraba en él lo que no hallaba en Zarzuela: un hombre de sangre azul que no necesitaba demostrar nada, que no se escandalizaba por sus opiniones ni se ofendía por su independencia. Él, por su parte, veía en **Letizia** a una mujer distinta al resto: aguda, bella, contenida, atrapada en un rol que ya no le encajaba, y sin embargo cada vez más dueña de sí misma.

Se vieron con más frecuencia de la que permitían los calendarios oficiales. En Mallorca, en Madrid, en alguna ciudad europea donde sus agendas coincidían, el rumor se fue haciendo más insistente. Nadie los fotografió juntos en actitudes comprometedoras, pero nadie pudo explicar por qué ella, en ciertos periodos, parecía más serena, más ligera, más ella. En esos días, los encuentros con **Kyril** tenían lugar. Discretos, selectos, impecablemente gestionados.

Felipe lo sabía. O al menos lo intuía. Pero en ese juego de apariencias que define los matrimonios reales, el silencio fue la moneda de cambio. **Letizia** no tenía que esconderse: solo tenía que no provocar. Y **Kyril**, que nunca ha sido un hombre imprudente, supo ocupar ese espacio intermedio donde la intimidad puede vivirse sin escándalo, sin huella, sin necesidad de etiquetas.

En los entornos palaciegos se hablaba de una "simpatía especial". En las redacciones, de una "amistad estrecha". Pero en la realidad emocional de **Letizia, Kyril de Bulgaria** fue algo más complejo: una presencia constante, elegante, silenciosa, que le recordaba que existía otra forma de ser noble, otra forma de ser hombre, y otra forma —más secreta pero más plena— de compartir la vida.

Con el tiempo, la intensidad disminuyó. No porque faltaran sentimientos, sino porque la vida, simplemente, giró hacia otras direcciones. Pero el vínculo nunca se rompió del todo. Cuando **Letizia** mira a su alrededor y hace recuento de los hombres que han dejado huella sin dejar rastro, el nombre de **Kyril** sigue ahí. No en los titulares, ni en las fotos, ni en las biografías oficiales. Pero sí en su memoria, donde las cosas verdaderas rara vez desaparecen.

Capítulo 33
Pedro Sánchez, la complicidad que incomoda a todos

En un país acostumbrado a la rigidez ceremonial entre la Corona y el Gobierno, la naturalidad con la que **Letizia Ortiz** y **Pedro Sánchez** se miran siempre ha descolocado a más de uno. No es una cuestión de protocolo, ni de simpatía institucional. Es otra cosa. Algo menos previsible, más humano, más cargado de matices. Un tipo de complicidad que se palpa, que se insinúa en los gestos y que, con el tiempo, se ha convertido en uno de los vínculos más comentados —aunque nunca confirmados— del entorno real.

Desde su llegada a la presidencia, **Pedro Sánchez** ha representado para **Letizia** algo diferente. Joven, alto, atractivo, carismático, y sobre todo alejado del encorsetamiento borbónico, encajaba mejor en el universo mental y estético que ella siempre ha admirado. Ambos comparten generación, vocación de modernidad, gusto por la imagen y —como se ha sabido en círculos íntimos— hasta el mismo cirujano estético, una coincidencia que va mucho más allá de lo anecdótico. El culto a la presencia no es superficialidad: es una forma de poder.

En los actos oficiales, las imágenes hablan por sí solas. **Letizia** lo busca con la mirada antes de que le toque hablar. Él le devuelve una sonrisa que no es de cortesía. Se acercan más de lo que exige el protocolo. Los saludos se alargan medio segundo más de lo necesario. Y en algunas recepciones privadas, la Reina ha tenido gestos con **Pedro** que no ha tenido con ningún otro jefe de gobierno: una mano en el brazo, una inclinación de cabeza íntima, una carcajada sin contención. No es habitual. Y por eso se nota.

En Zarzuela, ese vínculo nunca ha hecho gracia. No porque se tema un escándalo, sino porque representa todo lo que la Casa Real no controla. **Letizia** se permite con **Pedro** una confianza que no tuvo ni con **Rajoy**, ni con **Zapatero**, ni mucho menos con los representantes de la derecha monárquica. Con él se relaja, se expresa, se permite un código personal. Y eso, en la arquitectura simbólica del poder, es dinamita.

Pedro Sánchez , por su parte, no ha hecho nada por evitar esa lectura. No solo no esquiva la cercanía con la Reina, sino que en ocasiones parece disfrutarla. A **Letizia** la trata como a una igual, no como a una figura decorativa. Y esa horizontalidad, lejos de molestarla, la estimula. Entre ellos hay una afinidad visible. Comparten una forma de estar en el mundo, un mismo desdén por el pasado institucional, una ambición controlada por la estética. Si alguna vez hubo algo más —un encuentro, una conversación fuera de lugar, una confidencia que derivó en deseo—, nadie lo sabrá.

Pero los cuerpos rara vez mienten. Y el lenguaje no verbal, en ellos, habla con claridad.

Algunos aseguran que en ciertos momentos de crisis con **Felipe, Letizia** ha acudido a **Pedro** como alguien que la entiende. Que ha encontrado en él una especie de espejo masculino: fuerte, autónomo, calculador, seductor. Que en alguna ocasión, incluso, han coincidido más allá del marco oficial, en encuentros organizados con coartada cultural o institucional, pero cuya agenda real era otra. No hay pruebas. Pero hay demasiadas señales.

La historia entre ambos,si es que puede llamarse historia, no es una aventura, ni una infidelidad vulgar. Es algo más sofisticado: una tensión emocional sostenida, una atracción cuidadosamente gestionada, un espacio de complicidad que molesta porque no se puede controlar ni desactivar. Un poder cruzado entre dos figuras que no se deben nada, pero que se reconocen.

Y eso, en la cima, vale más que cualquier escándalo.

Capítulo 34
Una vida dentro de otra

La historia de **Letizia Ortiz** no se entiende sin los hombres que la rodearon. Pero tampoco se reduce a ellos. A lo largo de estas páginas, hemos seguido el rastro de sus vínculos: los oficiales, los discretos, los imposibles, los necesarios. Cada uno de ellos fue un reflejo de una necesidad distinta. Un ancla emocional, un gesto de rebeldía, un refugio. Ninguno de esos hombres definió su identidad, pero todos dejaron una huella en la mujer que supo habitar el trono sin dejarse devorar por él.

Letizia llegó a la monarquía como un elemento disruptivo. No era noble, no era sumisa, no era tradicional. Tampoco venía rota. Venía hecha. Con una biografía, una voz, un cuerpo que ya había elegido y

sido elegido. Desde el primer día, su presencia fue vista como una anomalía. Y como toda anomalía dentro de una institución antigua, fue corregida, silenciada, domesticada… o eso creyeron.

Lo que la Casa Real nunca entendió del todo es que **Letizia** no necesitaba romper las reglas para desafiarlas. Le bastaba con sobrevivir a su manera. Con no entregarse del todo. Con seguir siendo ella misma por debajo de la corona. Mientras el protocolo escribía una vida oficial, ella escribía otra. Íntima, secreta, indocumentada. Una vida que solo salía a la luz en los márgenes: en una sonrisa distinta, en un vestido que no tocaba llevar, en un libro levantado en mitad de una feria, en una escapada de fin de semana. Y , sobre todo, en la elección de los hombres con los que compartió esa vida subterránea.

No fue la primera Reina quelo hizo. Tampoco será la última. Pero sí fue una de las pocas que se atrevió a hacerlo sin culpa. **Letizia** no buscó justificación ni indulgencia. No vendió su verdad. La escondió, como se esconde lo más valioso: lejos de los focos, fuera de la historia oficial. Con inteligencia, con control, con cálculo… y también con deseo.

Este libro no es un homenaje ni un ajuste de cuentas. Es un retrato. Un retrato emocional de una mujer que eligió vivir dos vidas paralelas: la que exigía la corona, y la que le exigía el alma. Una mujer que no pidió permiso para sentir. Que no negó sus pasiones. Que entendió que el silencio es una forma de resistencia y que, a veces, amar — aunque sea en la sombra— es el último acto de libertad posible.

Letizia no fue una Reina perfecta. Pero sí fue, y es, una mujer entera.
Y eso, en la historia de las monarquías, ya es mucho más de lo que se suele permitir.

Epílogo
La Reina que no pidió ser entendida

En los libros oficiales, la historia termina con una coronación. O con una boda. O con una fotografía cuidadosamente diseñada para que parezca destino. En este libro, sin embargo, el final es otro: no hay cierre, porque la historia íntima de **Letizia Ortiz** no ha terminado. Está viva. Sigue escribiéndose en la discreción de los fines de semana, en las miradas no comentadas durante los actos públicos, en las agendas personales que jamás serán compartidas con el jefe de protocolo.

A lo largo de estas páginas hemos recorrido un mapa emocional lleno de pliegues. Algunos nombres fueron conocidos. Otros, apenas intuidos. Todos tienen algo en común: existieron en los márgenes. En la zona oscura del relato público. En esa línea tenue donde la Reina deja de ser institución y vuelve a ser mujer. No esposa. No madre. No símbolo. Mujer. Con deseo, contradicciones, lealtades y fugas.

Letizia no ha negado nunca su independencia. Lo que ha hecho es perfeccionar su opacidad. Ha aprendido que en una monarquía no se sobrevive defendiendo la verdad, sino administrando el misterio. Por eso ha elegido con quién hablar, con quién callar, con quién compartir el vértigo de un rol que nunca fue del todo suyo. Y en ese ejercicio de selección ha dejado fuera a muchos. Pero ha dejado entrar, también, a unos pocos. Los hombres que aquí hemos nombrado no son escándalos, ni episodios banales. Son testigos —voluntarios o no— de su necesidad más humana: la de no perderse a sí misma mientras todos intentaban convertirla en otra cosa.

Lo extraordinario de esta historia no es que una Reina haya tenido amores fuera del matrimonio. Eso ha ocurrido antes, y volverá a ocurrir. Lo extraordinario es que lo haya hecho sin pedir perdón, sin dejarse atrapar por el chantaje de la culpa, sin renunciar del todo a

su papel. **Letizia** no se ha marchado, como **Diana**. No ha desaparecido tras una sonrisa triste, como **Grace**. Se ha quedado. Y desde dentro, ha moldeado su propia narrativa. Con fragmentos. Con silencios. Con huellas apenas visibles. Pero huellas al fin y al cabo.

Habrá quienes digan que este libro es injusto. Que hurga donde no debe. Que mezcla lo real con lo probable. Pero esa crítica solo tiene sentido desde una mirada antigua, que aún cree que las Reinas deben ser intocables, es decir, invisibles. Lo cierto es que Los novios de **Letizia** no inventa nada que no haya flotado ya en el aire. Solo ordena. Ilumina. Sugiere. Y lo hace porque el relato oficial ha dejado demasiados vacíos. Porque si **Letizia** ha sido —y sigue siendo— una figura clave de la historia reciente de España, entender su recorrido emocional no es un capricho. Es una forma de leer su poder.

No hay moraleja, porque no hay redención ni condena. Hay una mujer. Hay una institución que la contiene, la vigila y a veces la castiga. Y hay un rastro de vínculos que demuestran que incluso en la corte más vigilada, el deseo encuentra grietas.

Quizá dentro de unos años sepamos más. Quizá no. Pero incluso si no se añade un solo dato nuevo, este libro ya habrá cumplido su propósito: mirar donde otros no quisieron mirar, nombrar lo que se sabía y no se decía, y recordar que incluso detrás de una Reina puede haber una mujer que, como todas, ha amado a quien quiso, no siempre a quien debía.

Y eso, en el fondo, es lo que la hace verdaderamente inolvidable.

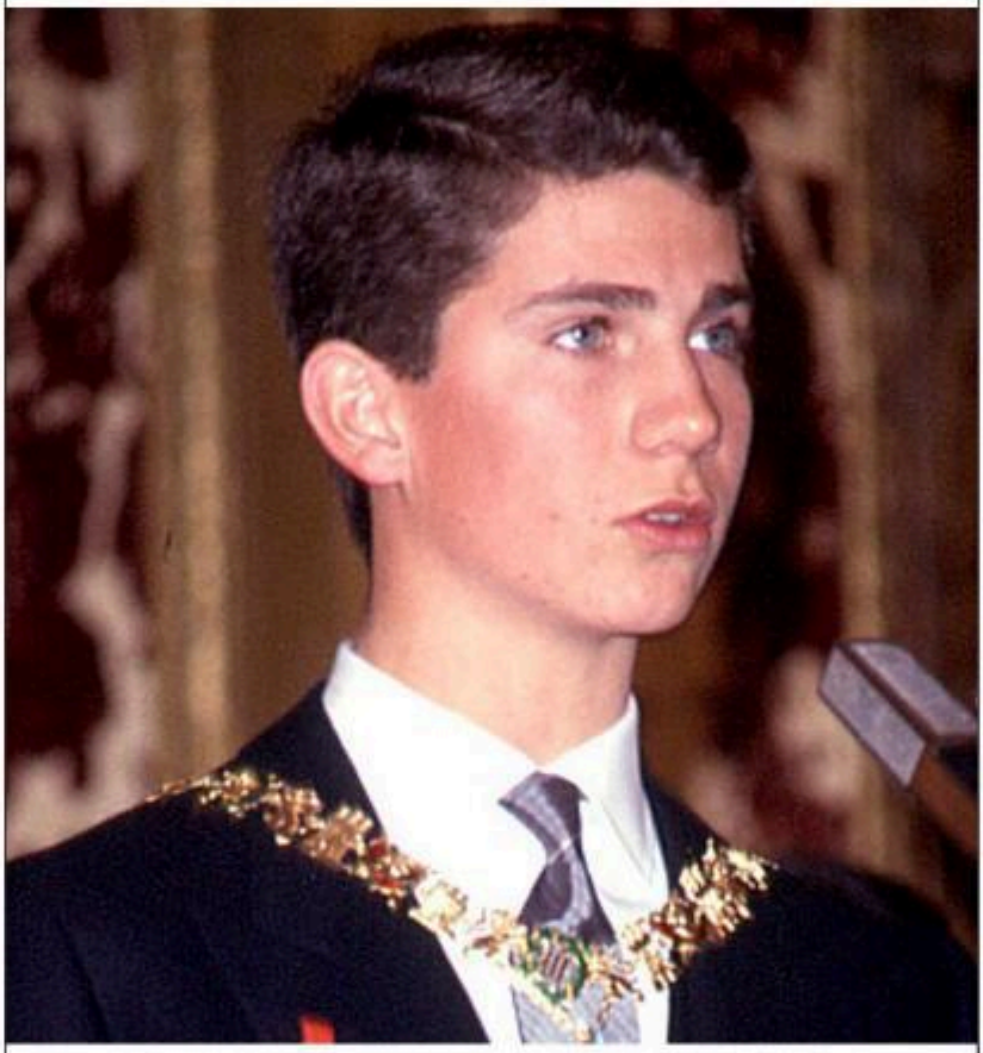


ACERCA DEL AUTOR

Joaquín Abad es periodista y editor del periódico *mil21*. Columnista en multitud de medios de comunicación, fue director del diario *La Crónica de Almería* durante 17 años desde 1982, donde salvó la vida tras varios atentados de la mafia local que ordenó su muerte, un relato recogido en su exitoso libro «Descubriendo a Juan Asensio». Trabajó también en las redacciones de *Arriba*, *El Alcázar*, *Diario de Avisos*, *Personas* o la agencia *Pyresa*. Uno de sus trabajos más reconocidos fue como director del mítico semanario de sucesos *El Caso*, del que sigue siendo editor, así como de una treintena de publicaciones digitales, un mercado que Abad domina a la perfección, ya que es, asimismo, CEO de la compañía norteamericana Cibeles Group, LLC.

Joaquín Abad

LOS NOVIOS DE FELIPE VI



Los novios de Felipe VI es un retrato íntimo y sutilmente provocador del hombre que creció entre los silencios de Zarzuela, marcado por una madre sola, un padre ausente y una corona que exigía descendencia, no libertad.

Desde su infancia rodeado de mujeres hasta su educación militar, pasando por amistades masculinas que fueron mucho más que compañía.

Joaquín Abad

LOS NOVIOS DE SOFÍA

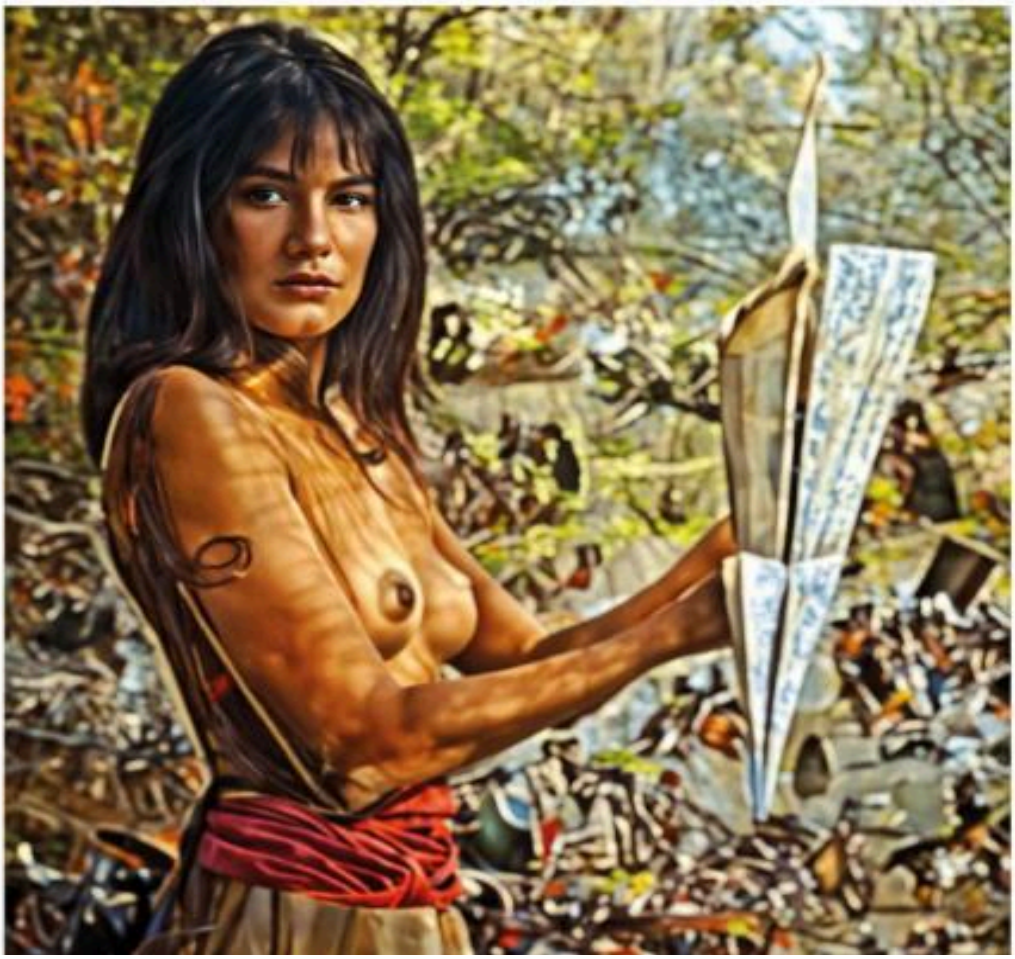


Sofía de Grecia no eligió su destino. Nació en el exilio, creció entre protocolos y sacrificios, y fue educada para sostener una corona, no para habitarla con libertad. Este libro revela su historia más íntima: la de una mujer atrapada en un matrimonio pactado, traicionada por el hombre que debía protegerla y rescatada, una y otra vez, por sus vínculos más discretos.

Joaquín Abad

LETIZIA

UNA BIOGRAFÍA NO AUTORIZADA



En este libro toca describir a Letizia Ortiz, una persona con las ideas muy claras. Cuando su anhelo era escribir, se casó con un profesor de literatura, Alonso Guerrero. También deseaba ser periodista de investigación y se enamoró de uno mexicano, Luis Miguel González. Además, fue la amante secreta de un periodista extranjero mientras publicaba informes de política internacional en la agencia EFE, Jim Russo.

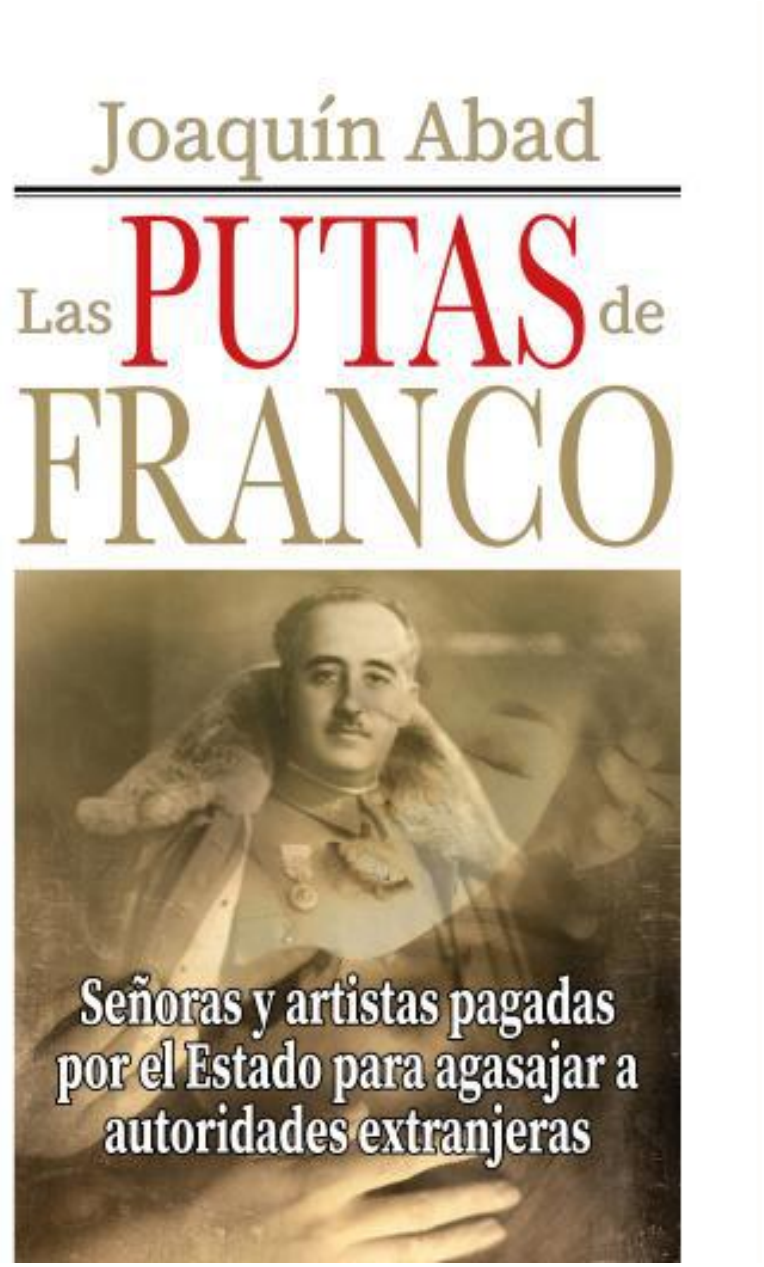
Joaquín Abad

JUAN CARLOS Y LETIZIA

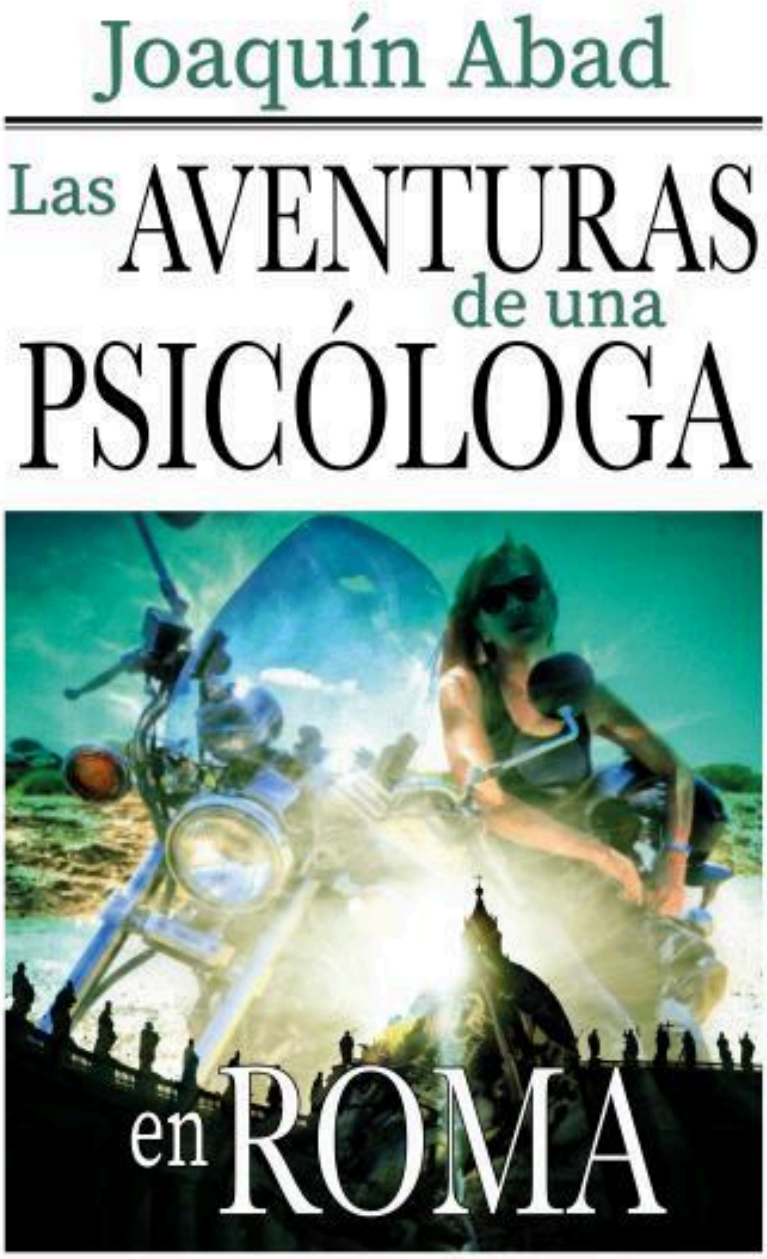
DOS BIOGRAFÍAS PARALELAS



El escándalo que rodea a la Casa Real española actualmente se centra en las acusaciones sobre una supuesta relación amorosa entre la reina consorte Letizia Ortiz y su excuñado Jaime del Burgo. Del Burgo, quien estuvo casado con la hermana de la reina, Telma Ortiz, ha sido vocal en las redes sociales y en los medios sobre su relación con Letizia, afirmando haber mantenido un romance con ella antes y durante su matrimonio con el rey Felipe VI.

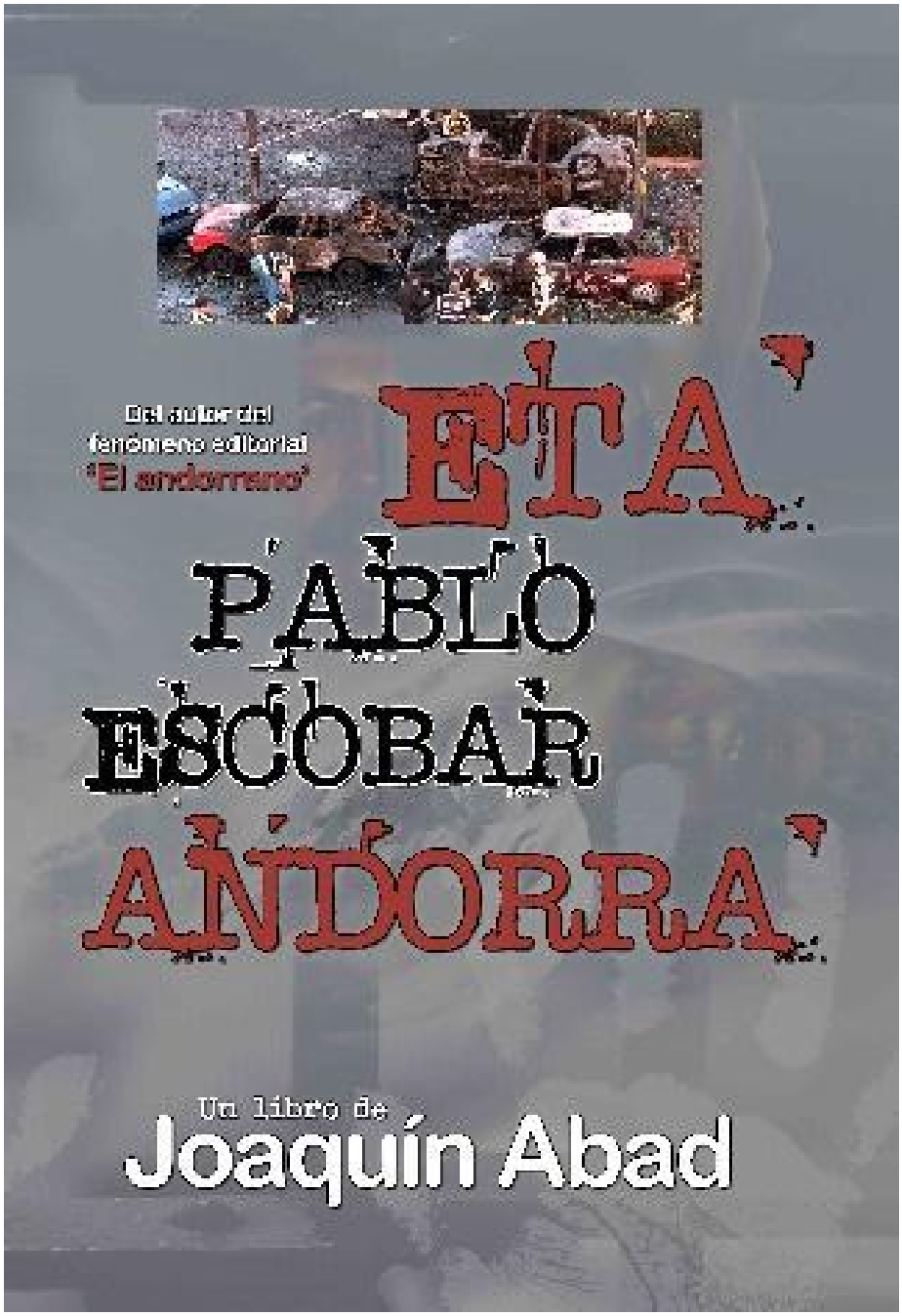


Muchas, muchísimas mujeres, incluso afamadas artistas, durante el franquismo, ejercían la prostitución, no en lugares cutres, o en barrios bajos, sino en palacetes de lujo, dependientes de algunos ministerios que utilizaban a hermosas damas que se alquilaban para complacer a mandatarios extranjeros en sus visitas a España. Por supuesto, que también las «llamadas autoridades del régimen» y muchos ricos industriales eran sus clientes. Y como en la Legión española, los responsables de que el sistema funcionara dependían de ciertos militares de alto rango. Ellos y sus esposas eran los encargados de concertar citas con señoras de postín en determinadas ocasiones.



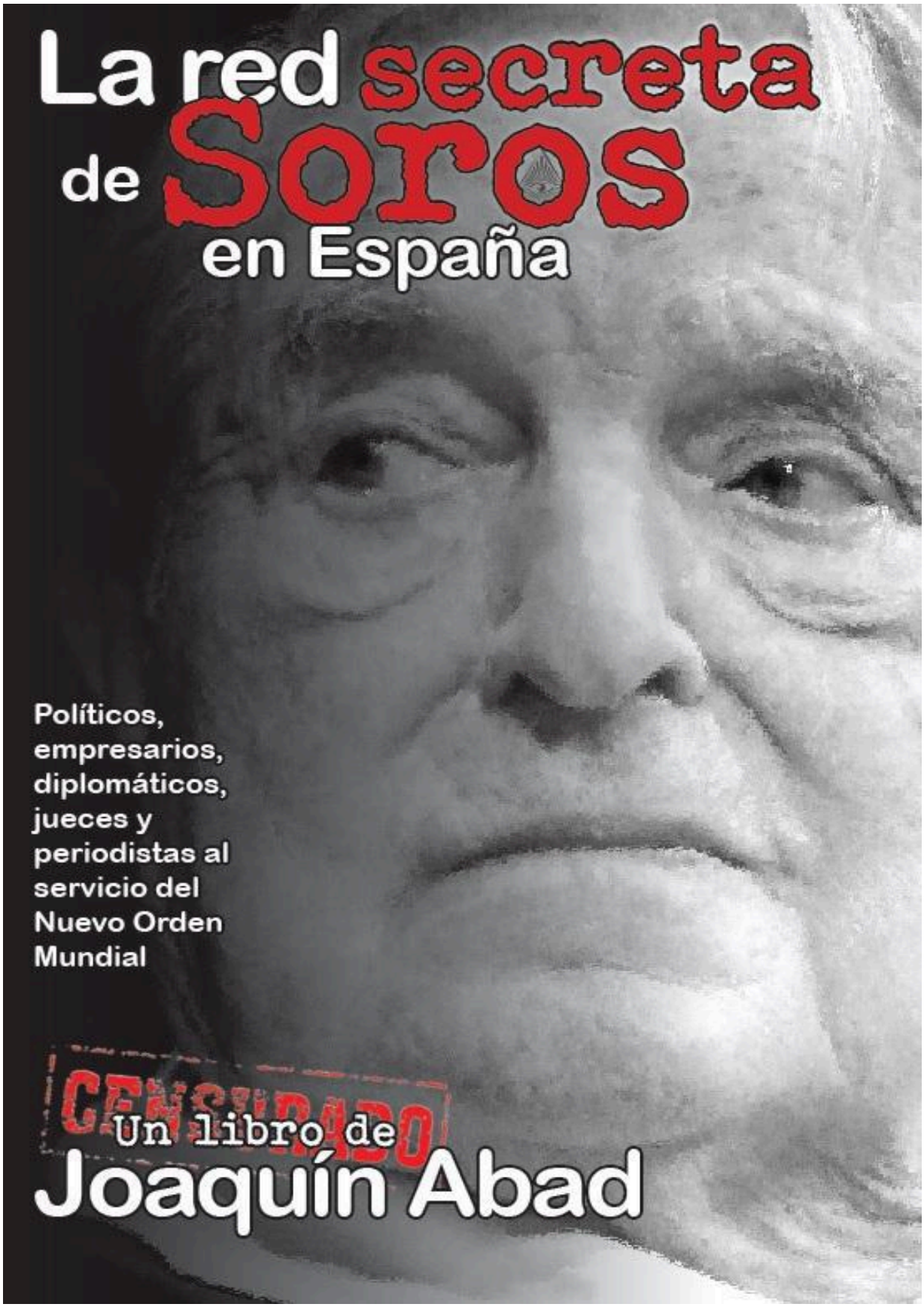
Una joven psicóloga española, que reside en Roma, es fichada por el Servicio Secreto Vaticano para que, con la ayuda de un polígrafo de nueva generación, que ha sido desarrollado en una empresa de Elon Musk en la que trabaja su her-mano, colabora en la detención de ciertos prela-dos que durante años han malversado fondos de la

Iglesia para sus vicios, para su lucro personal. Y también para desenmascarar a los que, ampa-rados en la sotana, eran verdaderos pederastas manchando así la imagen de los siervos de Dios.



Los jefes de los cárteles de la droga de Medellín y Cali —Colombia—, Jorge Luis Ochoa Vásquez y Gilberto Rodríguez Orejuela, que durante los años 1984 a 1986 pasaron por las cárceles de

Carabanchel, Alcalá y el Puerto de Santa María, concertaron con miembros de ETA encarcelados que expertos en explosivos viajaran a Medellín, donde fabricarían coches bomba, accionados por control remoto, para Pablo Escobar.


La red secreta de Soros en España
Políticos, empresarios, diplomáticos, jueces y periodistas al servicio del Nuevo Orden Mundial
CENSURADO
Un libro de
Joaquín Abad

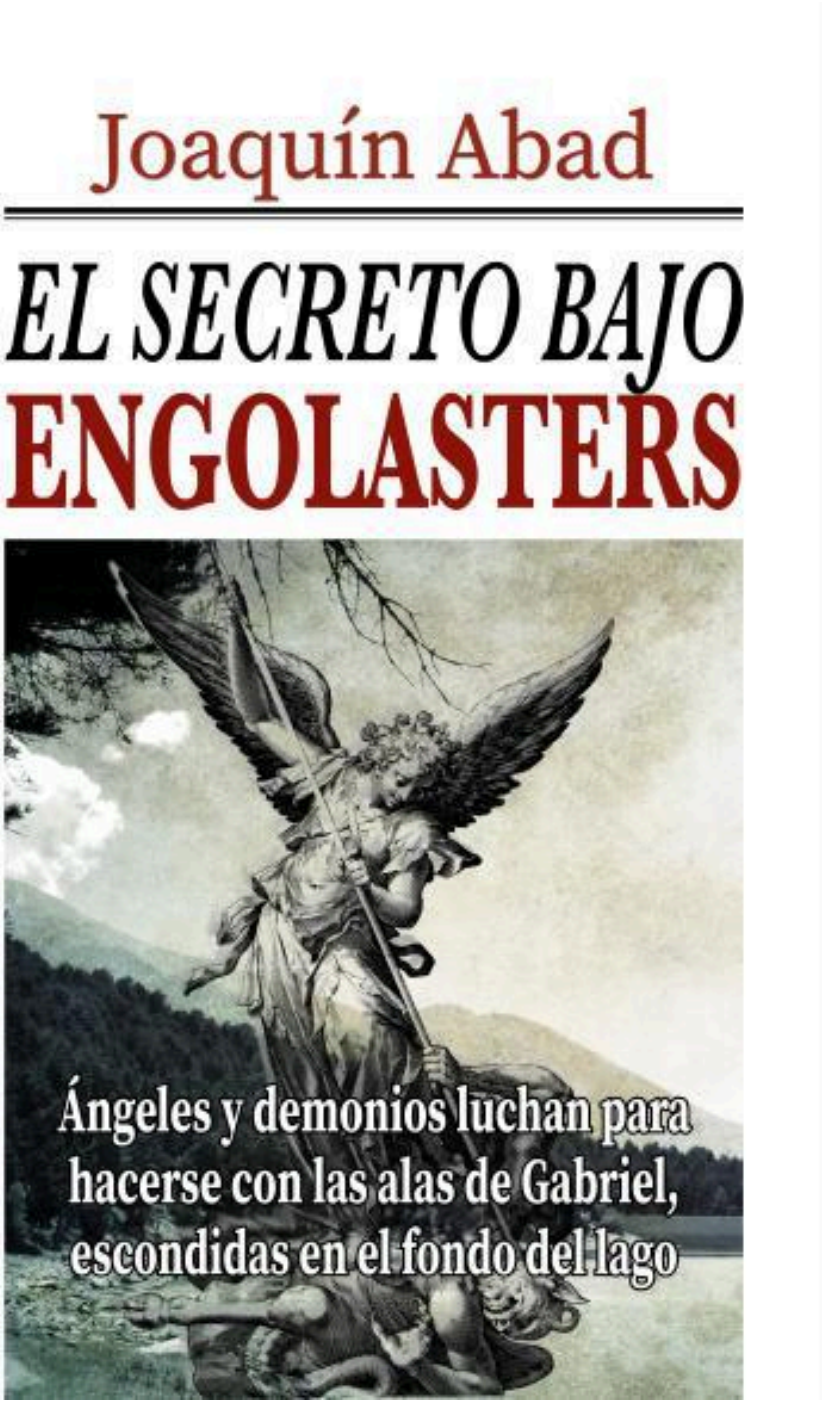
Descubrimos que la penetración de Soros en el Gobierno de Pedro Sánchez no se limita solo a dicho personaje. El presidente, el vicepresidente, ministros, directores generales... podemos decir que este Gobierno está bajo la sombra del magnate que mece la cuna, en palabras de la que fuera ministra todopoderosa de un siniestro Gobierno socialista.

Joaquín Abad

UN LABORATORIO EN EL PRINCIPADO

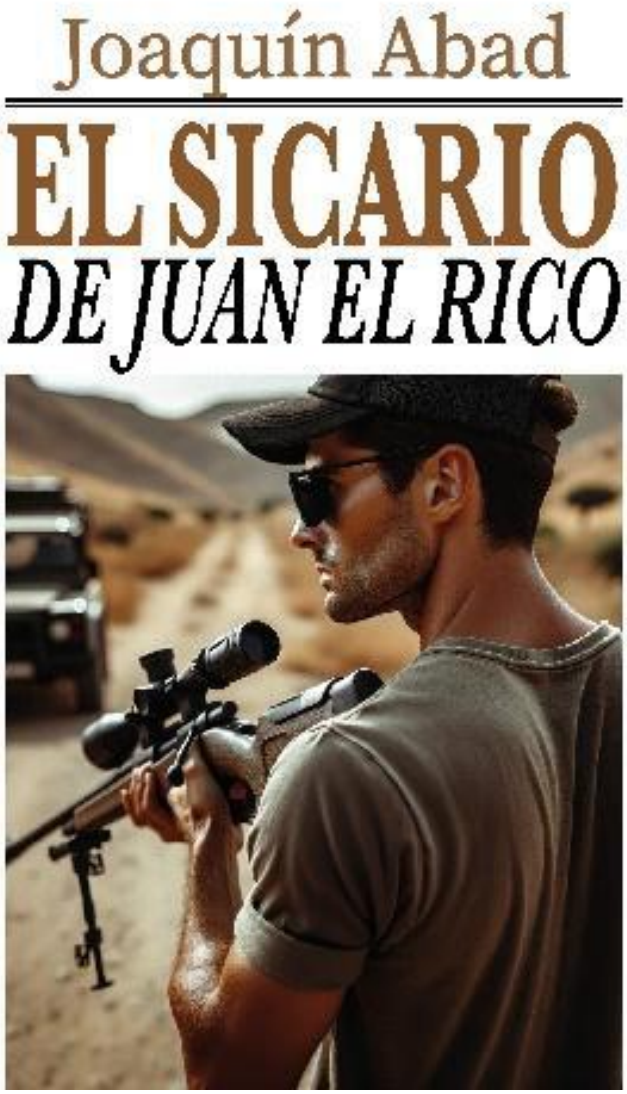


Una importante industria farmacéutica elige el Principado de Andorra para crear un centro de investigación, y avanzar en el conocimiento del sistema inmunitario humano y desarrollar nuevas terapias inmunológicas, para lo que se planea construir en terrenos de Ordino todo un complejo, que incluye un laboratorio de riesgo biológico 3.

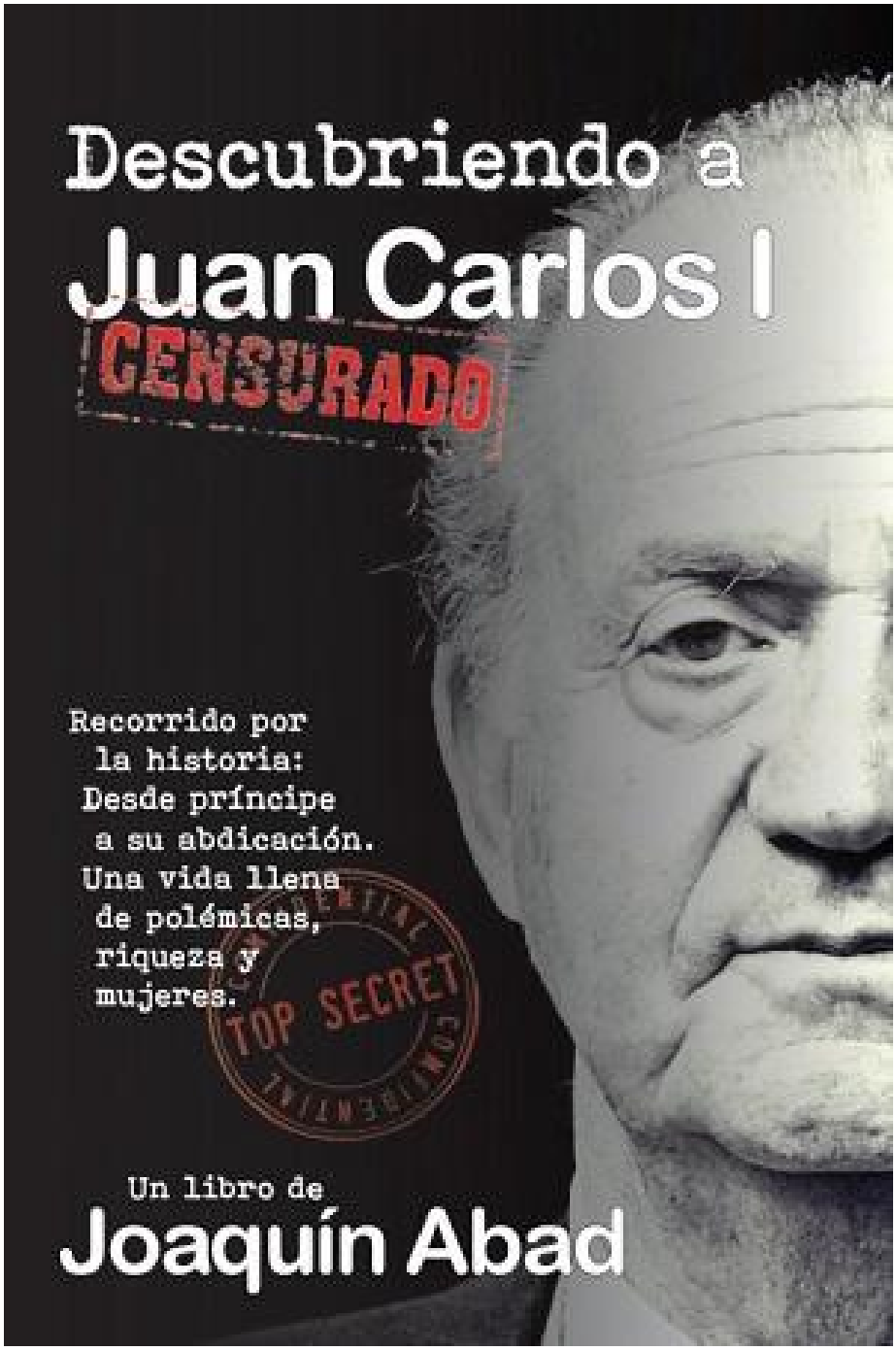


En el valle de Engolasters, donde estaba prevista la construcción de una presa hidroeléctrica, se encuentra la vivienda que durante años habitó el ángel Gabriel. A finales del siglo XIX el ángel sufrió el ataque de dos demonios y el matrimonio y la hija de ese hogar lo curaron y le dieron cobijo. El patrón y dos vecinos lograron

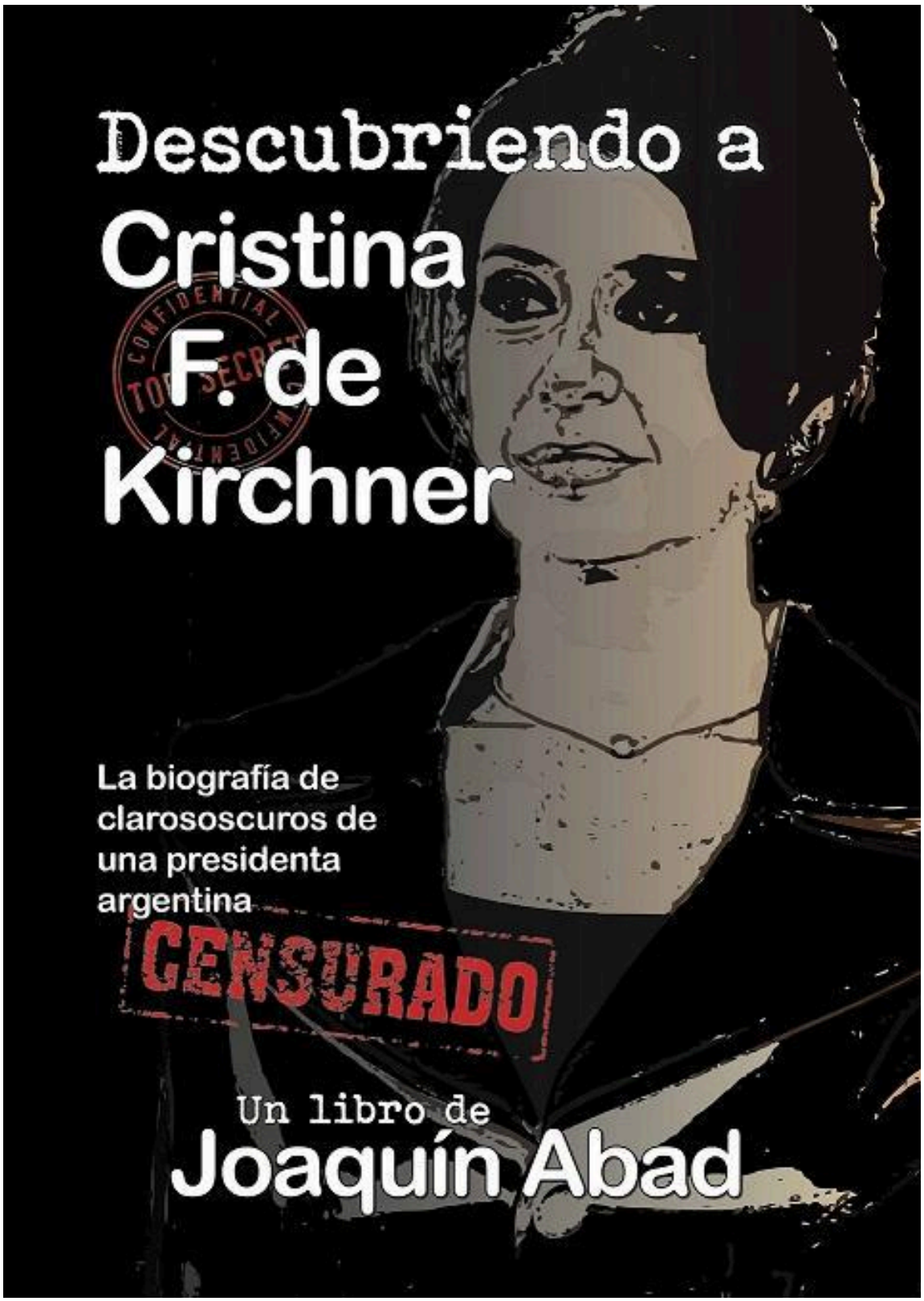
enfrentarse a los demonios y le dieron caza matándolos. En esa casa se guardan las alas y el puñal, hecho con un metal que no es de ese mundo, de Gabriel que, una vez humano, tuvo una hija, sanadora que durante años trató milagrosamente a miles de enfermos.



Como toda novela, es ficción que parte de algunos hechos reales, como de que en junio de 1989 un sicario contratado por un mafioso de Almería, que se identificaba como Juan El Rico, atentó contra el director del diario La Crónica. Luego se supo que el capo le había encargado otros asesinatos de políticos almerienses.



Se hace un recorrido por los 37 años de la vida y amores de Juan Carlos I, Rey de España designado por el dictador Francisco Franco antes de morir. Los negocios, su fortuna, así como sus amistades.

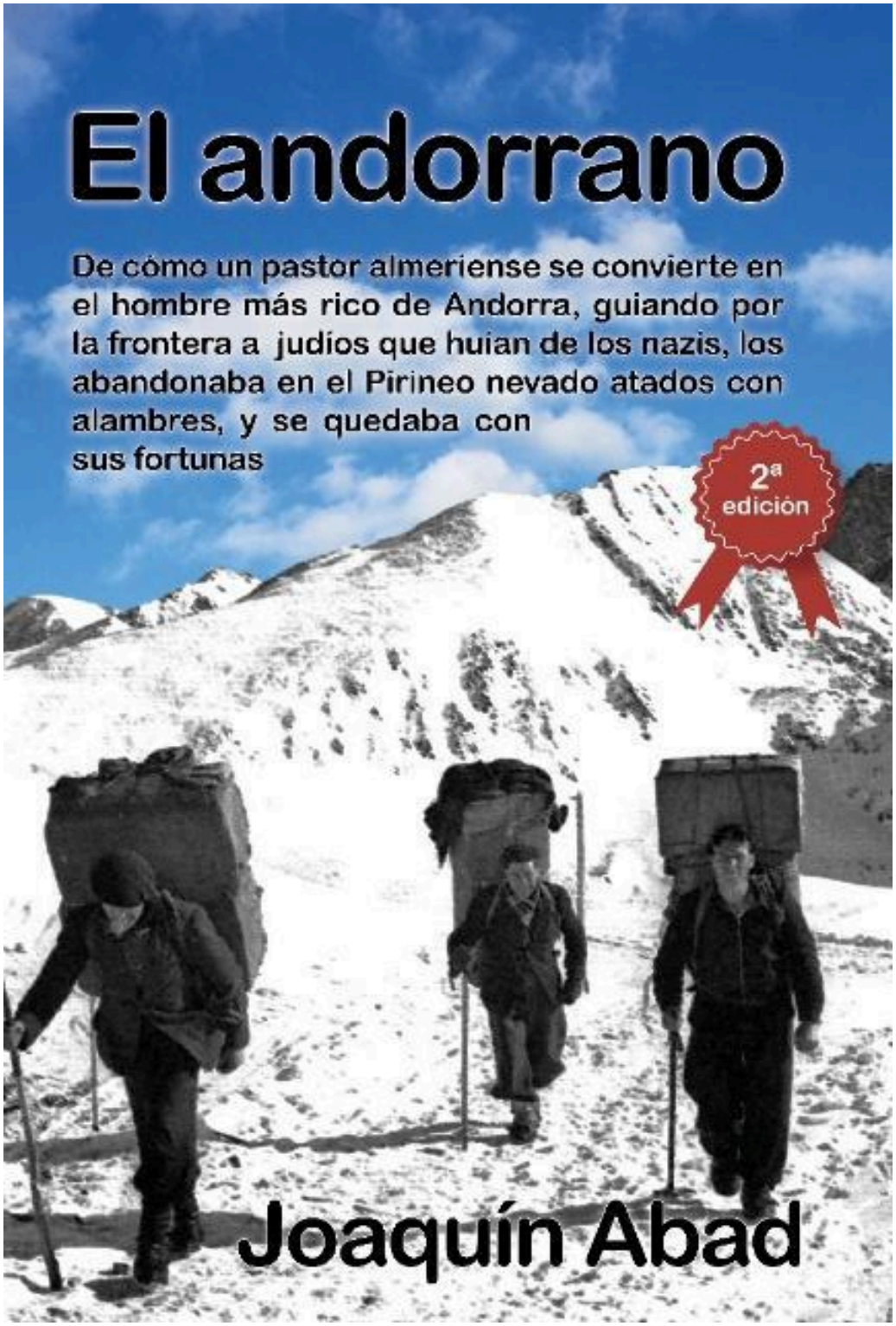

Descubriendo a
Cristina
F. de
Kirchner
CONFIDENTIAL
TOP SECRET
La biografía de clarososcuros de una presidenta argentina
CENSURADO
Un libro de
Joaquín Abad

La que fue presidenta de la nación Argentina, con la riqueza personal más elevada de América latina, tiene toda una biografía llena de claroscuros que la convierten en un auténtico esperpento. Una vida llena de apasionadas aventuras con jóvenes a los que ha encumbrado a altos puestos del gobierno argentino y que la califican como una auténtica "asalta cunas". Algún suicidio no aclarado y muchas contradicciones de una mandataria amiga del chavismo que oculta una fortuna incalculable.



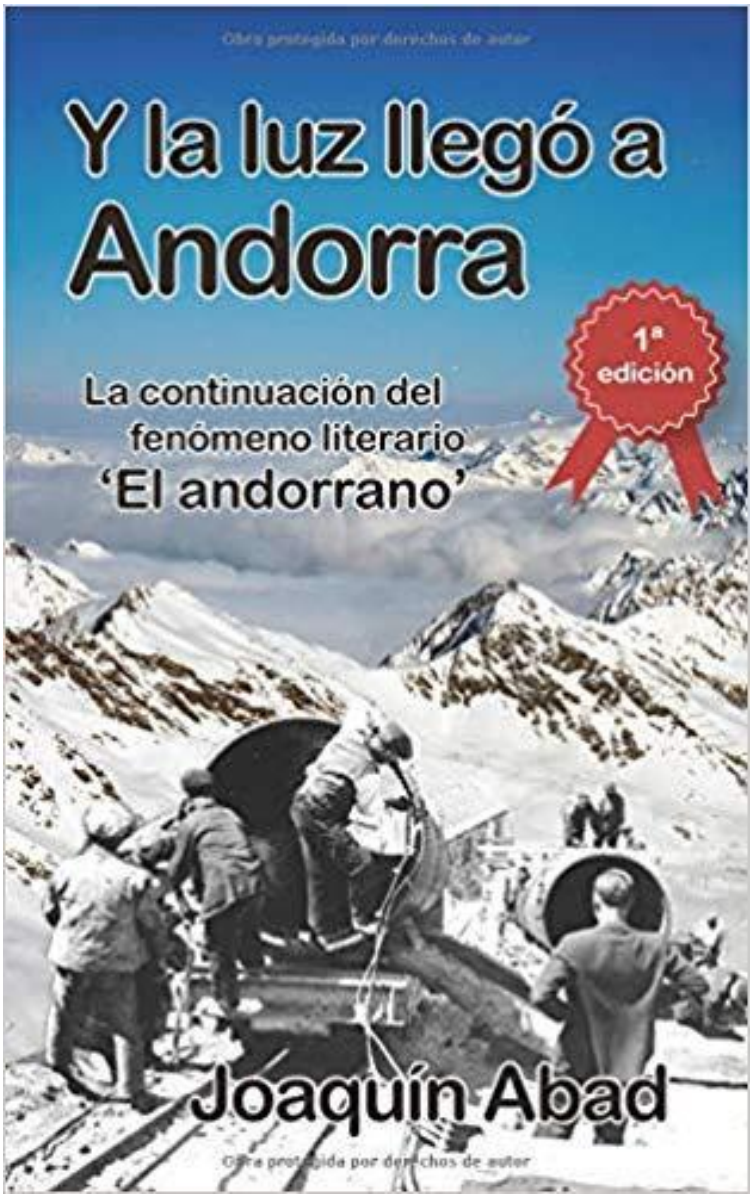
Joaquín Abad es el escritor que más vende en Andorra. Todas sus obras son auténticas bestseller en ese paraíso fiscal desde que

publicó su novela "**El andorrano**". Todas sus secuelas nos han ido dando una visión totalmente diferente a lo que suponiamos hizo que floreciese ese pequeño país, uno de los más boyantes del mundo; gracias sobre todo a los políticos catalanes que han escondido allí sus fortunas o sus supuestas herencias.



Un joven pastor de un pueblo serrano de la provincia de Almería huye tras apuñalar al alcalde de su pueblo, un miliciano al que sorprendió violando a su sobrina, y se refugió en Andorra, donde se

unió a los pastores que hacían de guías de españoles que cruzaban a Francia, huyendo de la guerra civil, y después a los judíos que procedentes de Francia escapaban a la persecución nazi. Se hicieron muy ricos a base de abandonar a algunos adinerados en la nieve, atados con alambres.

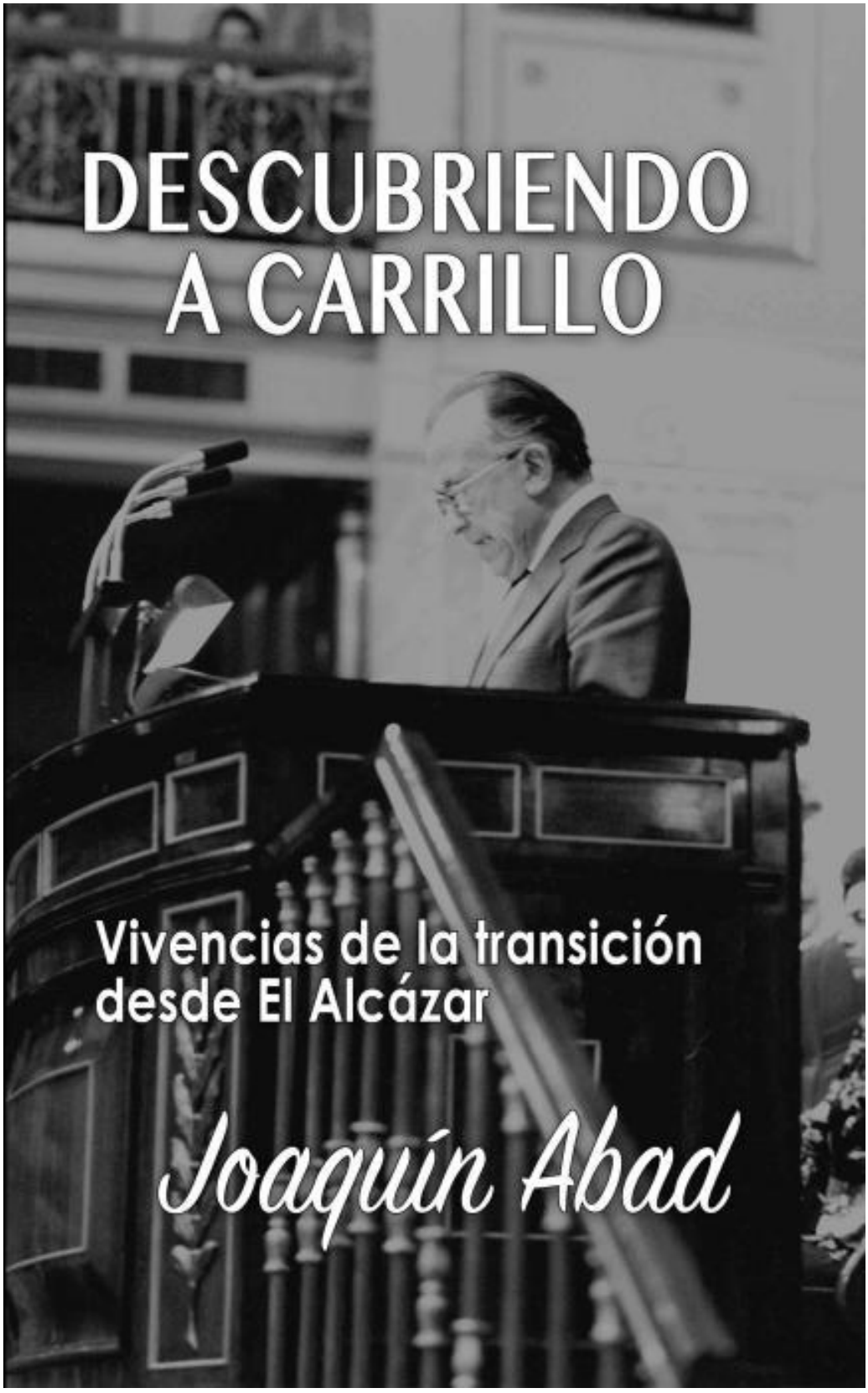


De cómo Andrés Pérez, un cantero almeriense, llegó al Principado para trabajar en la construcción de la hidroeléctrica y se convirtió en un capataz sanguinario. Durante las guerras supo unirse a los pasadores, traicionando a unos banqueros judíos que huía de los

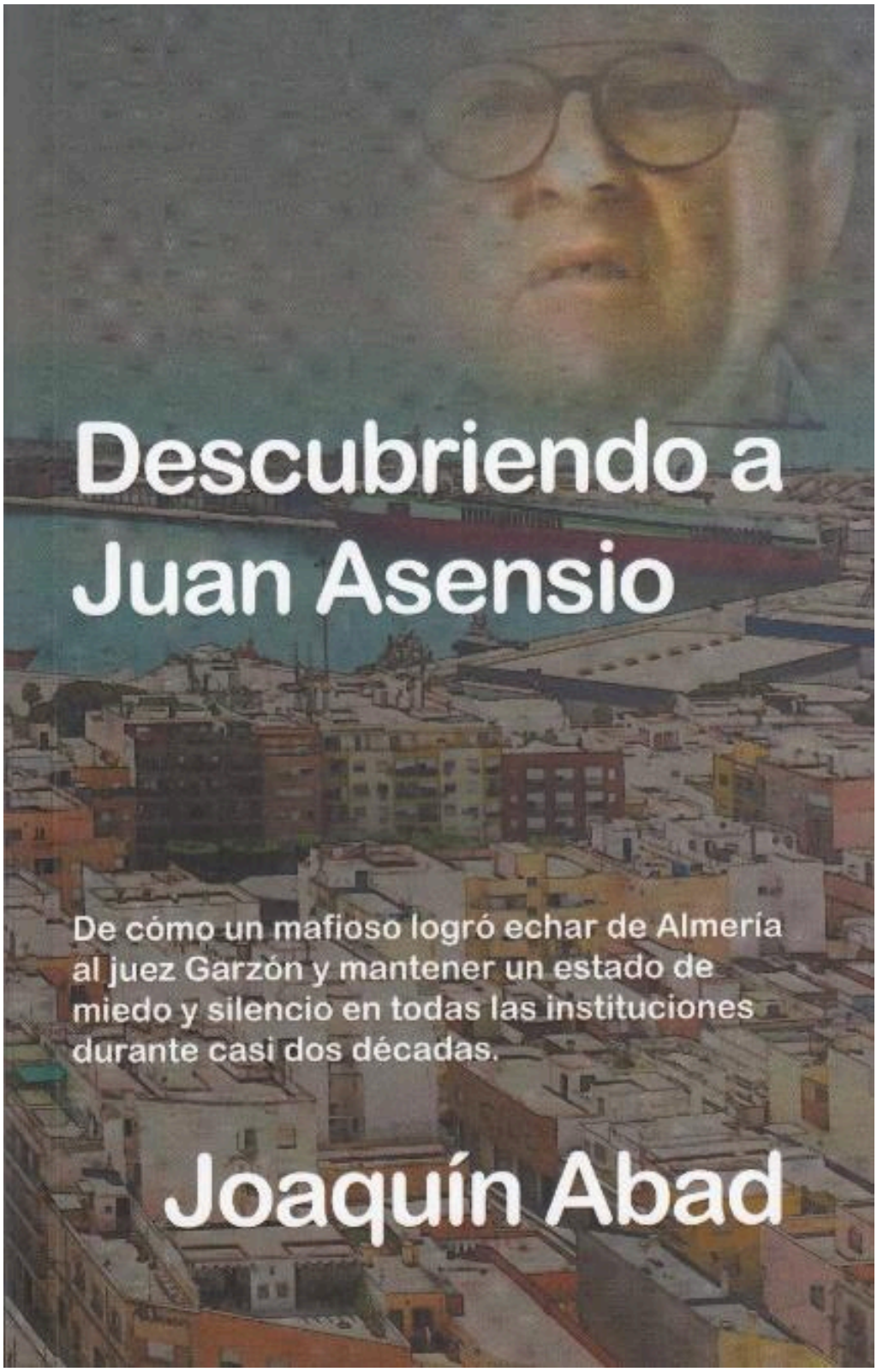
nazis, y se convirtió en un respetable hombre de negocios andorrano.


Andorra
Connection
DE CONTRABANDISTAS A BANQUEROS
La continuación del fenómeno literario
'El andorrano'
Joaquín Abad

La conexión de Andorra con conocidos políticos corruptos de España, Perú, Costa Rica, Brasil, así como con famosos narcotraficantes, gracias a que sus bancos aceptaban los miles de millones de procedencia dudosa, es el argumento de esta novela, tercera de la saga «El Andorrano».


DESCUBRIENDO
A CARRILLO
Vivencias de la transición
desde El Alcázar
Joaquín Abad

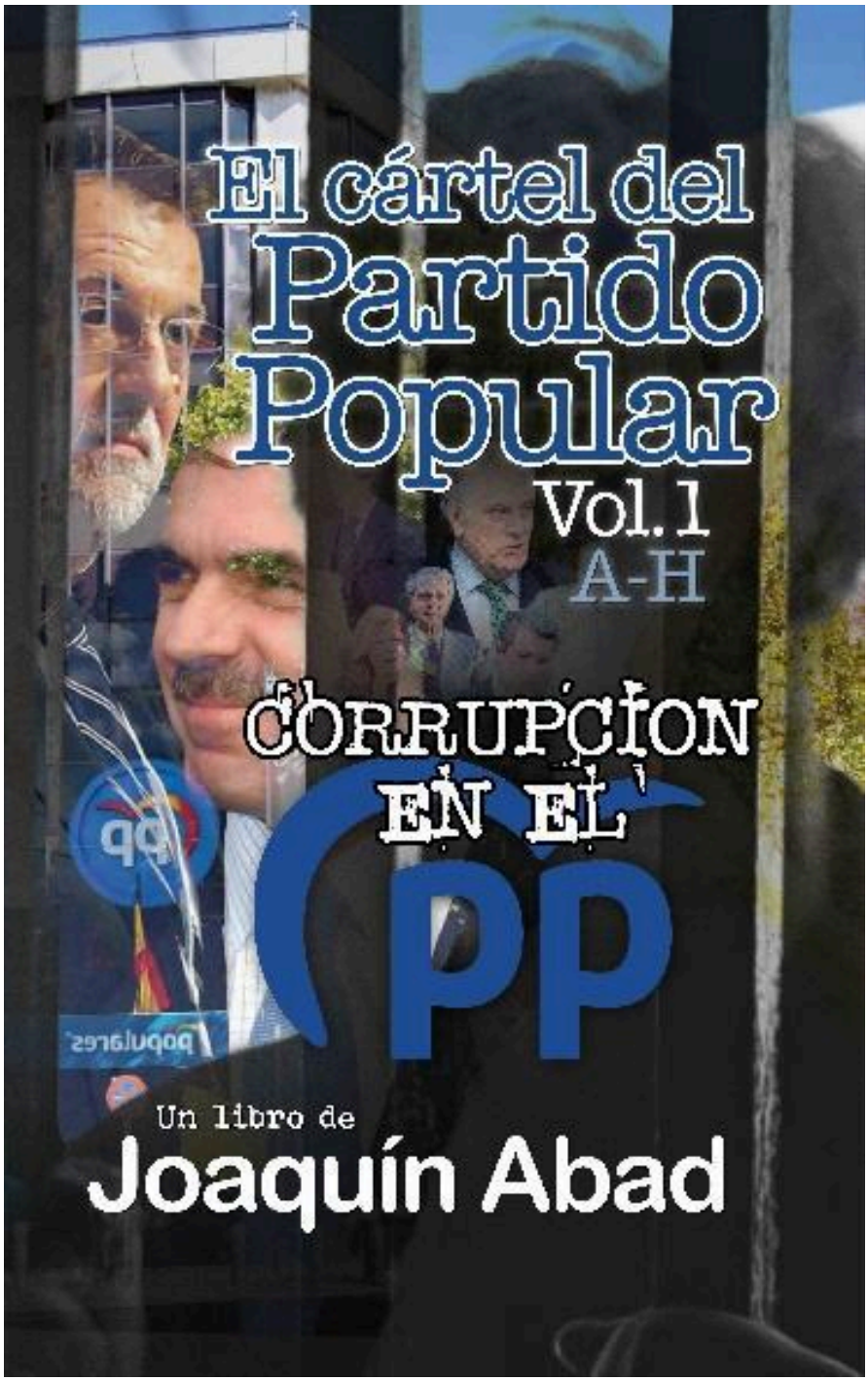
Descubriendo a Carrillo es una breve crónica de cómo un personaje histórico de tal calibre llegó al conocimiento de este reportero que nació y se crió ajeno a la actividad política. No obstante, a lo largo de su experiencia como periodista se fue interesando por su protagonismo en determinados momentos de la reciente historia de España. Se narran algunas vivencias profesionales, sobre todo las acaecidas en el periodo 1977-1981, mientras era reportero del diario El Alcázar en Madrid.


Descubriendo a
Juan Asensio
De cómo un mafioso logró echar de Almería al juez Garzón y mantener un estado de miedo y silencio en todas las instituciones durante casi dos décadas.
Joaquín Abad

Desde finales de los años setenta hasta comienzos del noventa, un siniestro personaje se hace con el control de los bajos fondos de Almería: prostitución, droga, oro robado, extorsión, logrando mantener un estado de pánico a quienes se oponían a sus fechorías. Asesinó en plena calle a su ex esposa y madre de sus primeros cuatro hijos, Juan José, Antonio, Gelu y Rosa, ordenó tiroteos y atentados contra las personas que se oponían a sus intereses, logró que el juez Garzón huyera de Almería, temiendo que lo mataran.

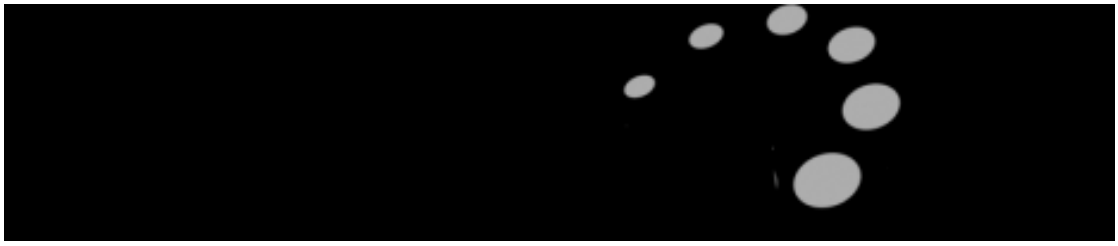


Esta pequeña muestra de los casos de corrupción de miembros o amigos del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) nos da idea de lo que, desde el poder, ya sea de gobiernos de comunidades o desde ayuntamientos, son capaces de manipular para enriquecerse, ellos o sus amigos. De los más de ochocientos nombres, faltarán muchos, claro, la gran mayoría parte de Andalucía, donde el PSOE gobernó, reinó, casi cuarenta años de manera ininterrumpida. Accedieron a la democracia, desde el principio, con centenares de casos de corrupción.



Recientemente tuve que elaborar la base de datos de los implicados en casos de corrupción del PSOE, para publicar el libro El cártel socialista. Un ejemplar de 436 páginas con casi ochocientas cincuenta fichas. Inmediatamente me puse a elaborar el del Partido Popular, encontrándome, tras bucear en la web, sobre todo en la site

casos-aislados.com y en diferentes sites, periódicos online, Wikipedia, etc., con una base de datos de más de dos mil implicados y un libro que sobrepasará las 1000 páginas (en tres tomos).



Imprime: EGERSIS

Pintor Murillo, 33, 28100 Alcobendas. T. 916 287 245